

Cervantes y los mecenas: denle una segunda oportunidad y escribirá *El Quijote*

MIGUEL Á. TEIJEIRO FUENTES*

La Fortuna inconstante levanta al ser humano hasta la cima de la prosperidad con la misma facilidad con la que le arrastra hacia la sima de la desgracia. Solamente unos pocos parecen estar llamados a rebelarse contra el infortunio que les acompaña sin cesar. Miguel de Cervantes es un buen ejemplo de ello y su vida la crónica anticipada de un fracaso que le acabará convirtiendo en el más reconocido de todos los escritores. ¿Qué podía esperar de la vida un niño al amparo de un padre viajero acosado por las deudas, los embargos y la cárcel? ¿Cómo explicar su supuesto y obligado exilio italiano cuando apenas contaba veintiún años a causa de una reyerta por honor? ¿Qué desgracia hay más grande que la pérdida de su mano izquierda en el golfo de Lepanto y el sufrimiento de un cautiverio en Argel cuando regresaba a casa decidido a comenzar una nueva vida? ¿Qué injusticia sentirse ignorado y desplazado por aquellos que deberían haberle agradecido los servicios prestados y en cambio le negaron todas sus pretensiones de ascenso social? ¿Qué desdichado destino su penoso caminar por las tierras de Andalucía amenazando a regidores, religiosos y campesinos en nombre del Rey para acabar siendo acusado, encarcelado y excomulgado injustamente? ¿Qué deshonor asistir como cabeza de familia, el único varón entre tantas mujeres, a tantos escándalos y quebraderos de cabeza relacionados con los amoríos de sus hermanas? ¿Cómo llegar a la vejez en la sola compañía de una esposa que nunca le entendió y con la que únicamente parece haber compartido deudas? Y, en el colmo de las desdichas, ¿cómo

* Universidad de Extremadura.

explicar que el reconocimiento le llegara cuando la vejez le impide disfrutar de él y la muerte le rondaba, «puesto ya el pie en el estribo», sin permitirle concluir su obra?

Cervantes dejó de servir como soldado cuando «la siniestra mano/estaba por mil partes rompida». A partir de ese momento su vida, repleta de acontecimientos increíbles, buscó en la placidez de la escritura el lugar privilegiado que su carácter orgulloso siempre creyó merecer. Como otros muchos escritores de su época, su trayectoria literaria dependía mucho de su vinculación a una nobleza que le amparara y bajo cuya protección pudiera solucionar sus dificultades económicas más urgentes. Muy pronto iba a darse cuenta que este camino estaba plagado de concesiones y renunciaciones que su espíritu libre no estaba dispuesto a aceptar sin miramientos¹.

1. EL CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA: SUS PRIMEROS VERSOS JUVENILES

En el año 1568, pocos meses después de la muerte de su desdichado hijastro don Carlos, pasaba a mejor vida la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Tan luctuoso acontecimiento mereció la publicación de un volumen titulado *Historia y relación verdadera de... las exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Isabel de Valois*, editado en Madrid por Juan de Hoyos. En él encontramos los primeros versos² escritos por el joven Miguel de Cervantes, colegial perteneciente al Estudio de la Villa que por entonces dirigía su maestro López de Hoyos. De entre la producción cervantina destaca, más que por sus méritos poéticos por su incidencia posterior, una elegía destinada a evocar la figura de la reina muerta y dirigida al cardenal Diego de Espinosa, el personaje más influyente de la corte de Felipe II por aquellos años. De este modo Miguel apuntaba desde bien pronto hacia lo más alto y buscaba cobijo en tan poderoso destinatario esperando de él la protección deseada:

Con esto cese el canto dolorido,
magnánimo señor, que, por mal diestro,
queda tan temeroso y tan corrido
cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro
(Cervantes, 1981, ed. Gaos, t. II, p. 335, vv. 196-199).

1. La bibliografía sobre el mecenazgo en la época, y sobre Cervantes en particular, es muy amplia e interesante. Baste recordar, por ejemplo, los trabajos de Enciso Alonso-Muñumer (2007) o, el más específico Enciso Alonso-Muñumer (2008).

2. En realidad fueron los segundos, pues Cervantes había escrito un soneto estampado en uno de los medallones que engalanaron los arcos triunfales levantados en Madrid con motivo del nacimiento, en octubre de 1567, de la segunda hija de Felipe II e Isabel, la infanta Catalina Micaela. Para esta ocasión, Cervantes se valió de la amistad de Alonso Getino de Guzmán, amigo de su padre y vinculado en sus años mozos a la compañía de Lope de Rueda.

Aunque la composición se propone como un canto fúnebre a tan notable pérdida, Miguel aprovecha la ocasión para dirigirse al Cardenal encadenando todos los términos encomiásticos que le hacen merecedor de su privilegiada condición: «valor tan excelente», «discreción», «divino ingenio», «virtud», «grandeza»... y algunos más. La inesperada muerte de Isabel y la del príncipe Carlos, han consternado a la corte y abatido al monarca; sin embargo, y por fortuna, Felipe cuenta en esos momentos de tristeza con la gozosa presencia del Cardenal para descargar en él su desventura y cuidados:

Del alto cielo ha sido consolado
[con] concederle acá vuestra persona,
que mira por su honra y por su estado
(Cervantes, 1981, ed. Gaos, t. II, p. 334, vv. 160-162).

Así, la imprescindible figura de Espinosa alcanza una trascendencia política que le obliga en estos dolorosos momentos a tomar el timón del gobierno y guiar al rebaño con su virtud, que se extiende «de donde sale el sol hasta occidente» (Cervantes, 1981, ed. Gaos, t. II, p. 334, v. 171).

La elegía cervantina está plagada de lugares comunes y destila una almirada propensión al elogio que, con el paso del tiempo, perderá vigor en la obra cervantina. En representación de todo el Estudio y seguramente bajo la supervisión de López de Hoyos, a quien Espinosa protegió y promovió al cargo de Rector del mismo, el joven Miguel destapó el tarro de todas sus esencias poéticas –de aquella «gracia que no quiso darme el cielo», como confesaría años después– para rebajar la creación artística a la categoría de excusa inevitable para obtener un beneficio económico o una distinción social. A partir de esta primera experiencia, en la obra de Cervantes se confunden datos, lugares y personas que, combinados convenientemente, permiten ofrecer una nueva luz no solo sobre su existencia, sino también sobre el peligroso tráfago que era la corte de Felipe II y sus descendientes, y sobre las redes de mecenazgo, patronazgo o clientelismo que obligaban a quienes la frecuentaban.

¿Quién era Diego de Espinosa? (*vid.* Martínez Millán, 1999). El Cardenal había nacido en Martinmuñoz de las Posadas (Ávila) en 1512 en el seno de una familia hidalga a la que algunos achacan un origen judeoconverso por parte de madre. Estudió Derecho hacia 1540 en la universidad salmantina y en 1543 se encontraba en el Colegio Mayor de Cuenca, en donde hizo un grupo de amigos a los que luego impulsaría en su ascenso político. Entró al servicio del obispo de Sigüenza, Hernando Niño, entre 1546 y 1552 y, tras la muerte de éste, Hernán Pérez le llevó consigo a Sevilla (1553-1556) como oidor. En la capital hispalense Espinosa se declara enfrentado a los partidarios de la corriente erasmista a partir de su relación con Vázquez de Aldrete, Gaspar Cervantes Gaete, pariente lejano de los Cervantes y provisor del Arzobispado, y Juan de Ovando, vicario general de Sevilla.

En 1556 fue nombrado regente del Consejo de Navarra, en donde siguió haciendo amigos (Ramírez Sedeño, Ruiz de Otalora, el duque de Alburquerque) y ganándose la simpatía del jesuita Francisco de Borja. En 1562 pasó

al Consejo de Castilla, del que acabará siendo presidente, y es designado inquisidor general, en un meteórico ascenso que bien pudiera deberse al apoyo recibido por la facción ebolista, pirueta política si tenemos en cuenta que buena parte de sus amistades eran seguidores del inquisidor Fernando de Valdés. Acostumbrémonos a partir de ahora a resolver estas incomprensibles contradicciones procurando entender los bandazos a los que obliga el poder y los inesperados cambios a los que somete a quienes no quieren desprenderse de él. La política hace compañeros de camino a aquellos que tiempo atrás eran acérrimos enemigos en virtud de sorprendentes alianzas a las que Miguel nunca se acostumbrará y que en más de una ocasión le valieron su ostracismo.

Espinosa se encargó de implantar la ideología ortodoxa emanada del Concilio de Trento y de subvertir las ideas erasmistas y heréticas que proliferaban en algunos lugares, aseguró la reforma de las órdenes religiosas, la predicación y enseñanza del catecismo, propició la reforma de los estudios universitarios, la conversión de los moriscos granadinos, alentó el fortalecimiento del aparato represor que representaba el Santo Oficio y propuso las reformas y la organización política y religiosa del Nuevo Mundo. Su muerte en septiembre de 1572 explica que Miguel no volviera a referirse a él en su obra posterior, si bien, definitivamente, muchas de las ideas de este religioso y estadista estaban muy lejos de las inquietudes vitales que nuestro autor iría madurando y desarrollando con el tiempo y, por supuesto, en las antípodas de su concepción de la libertad individual y social.

Para llevar a cabo sus reformas, el Cardenal se valió de un grupo de letrados encargados del aparato burocrático y administrativo del Estado. Como quiera que Espinosa no provenía de ninguna familia con intereses políticos, escogió entre su círculo de confianza a los más capacitados para cumplir los cometidos asignados y los situó en cargos importantes de acuerdo con sus conocimientos y aptitudes.

Uno de ellos, Juan de Ovando, se encuentra en Madrid en 1564. Ovando y Espinosa habían coincidido en Sevilla y de aquella comunión de intereses había surgido una estrecha amistad de la que el primero se había beneficiado para convertirse en consejero de la Inquisición y en 1571, a nombramiento de Espinosa, en presidente del Consejo de Indias. Don Juan había viajado a Alcalá con la misión de reformar los estatutos de su Universidad y llevaba como secretario a un joven llamado Mateo Vázquez. La presencia de ambos en aquella localidad le habría servido a Cervantes para acercarse al círculo del Cardenal. No olvidemos que Juan de Ovando era tío de Nicolás de Ovando y éste unos años antes en Sevilla había comprometido su palabra, que finalmente no cumplió, de casarse con Andrea, la hermana de Cervantes, a quien había dejado embarazada. En resumidas cuentas, Nicolás era el cuñado que Miguel hubiera deseado, pero sobre todo era el padre de su sobrina Constanza de Ovando. El padre de Nicolás, magistrado del Consejo del Rey, no debió ver con buenos ojos las veleidades amorosas de su hijo y bastaron una amonestación paterna y una compensación económica para satisfacer a ambas partes en tan embarazoso asunto.

En cuanto a Mateo Vázquez, muchos han querido imaginar una relación con Cervantes que se remontaría al colegio sevillano de los jesuitas, en donde ambos compartirían las enseñanzas del maestro Acevedo y sellarían una entrañable amistad. Si así fue, debió ser una relación muy frágil y poco duradera, pues el joven secretario de los Ovando estaba más preocupado por su medro personal que por aparentar camaradería con el hermano de una joven tan casquivana como interesada. Sobre él volveremos más adelante. Bástenos por ahora con señalar un dato muy significativo: Mateo Vázquez pasará poco tiempo después a servir a Espinosa como su secretario privado y Nicolás de Ovando lo hará como su camarero, agobiado por la deudas de su familia.

De todo ello se deduce, como apunta A. Rey Hazas, que Cervantes «parecía muy bien encaminado para la consecución de alguna sinecura y destinado a ser cliente del presidente del Consejo Real, cuando inesperadamente, sin que sepamos exactamente por qué, probablemente a consecuencia de un duelo con el contratista de obras llamado Antonio de Segura, a quien dejó malherido, se vio obligado a abandonar sus pretensiones y a marcharse de la Corte y de España en 1569» (Rey Hazas, 2005: 19). Nuestro escritor tenía un mecenas poderoso al que servir –Espinosa–, contaba con unos valedores muy influyentes –López de Hoyo, Nicolás de Ovando, Mateo Vázquez– y ofrecía a cambio su ingenio y ganas de agradar; sin embargo, la fortuna se cruzaba en su camino en forma de adversidad y le impedía gozar de un privilegio ansiado.

2. EL CARDENAL GIULIO ACQUAVIVA: LA BÚSQUEDA ESTÁ EN ITALIA

El caso es que en diciembre de 1569 Cervantes se encuentra en Roma al servicio del cardenal Giulio Acquaviva d'Aragona. Los cervantistas decimonónicos –incapaces de imaginar una conducta reprobable en el celebrado autor del *Quijote* y héroe de Lepanto– sostuvieron que, gracias a la mediación de Espinosa, Cervantes partió a Roma en el séquito de Acquaviva en la Navidad de 1568. Un largo camino por Languedoc, Provenza y la costa italiana que nuestro autor evocaría años después en las aventuras de su extraordinario *Persiles*; por el contrario, los biógrafos más escépticos, animados por el descubrimiento de un documento encontrado en el Archivo de Simancas según el cual se desterraba del reino por diez años a un Miguel de Cervantes a quien se castigaba además con la amputación de la mano derecha (¡qué manía con las manos!, que diría Cervantes), suponen que nuestro escritor huyó a Sevilla, de allí a Cartagena, y en Valencia se embarcaría rumbo a Italia, donde gracias a la intercesión de su familiar Cervantes Gaete obtendría el empleo de camarero del Cardenal. Finalmente, hay quienes conjeturan sobre la posible mediación de Pirro Bocchi, banquero italiano amigo del padre de Cervantes e importante hombre de negocios en Roma, en su decisión de partir hacia Roma.

Giulio Acquaviva era el segundo hijo de los X duques de Atri, Giangirolamo y Margherite Pío. Había nacido en Nápoles en el año 1546, fue nombrado nuncio por Pío V y elegido por éste para viajar a España en la embajada destinada a dar el pésame a Felipe II por la muerte del príncipe Carlos y la reina Isabel. Parece plausible suponer que Acquaviva conoció a Cervantes en Madrid por aquel tiempo, pues su vinculación a López de Hoyo y su aproximación a Espinosa le permitirían coincidir con el nuncio italiano que, además, tenía prácticamente la misma edad y ganas de disfrutar de la corte española. Acquaviva estuvo en España hasta las Navidades de 1568, y durante ese espacio de tiempo ambos personajes tal vez tuvieran la ocasión de conocerse mejor.

B. Carlos Aribau, sin citarla por el título, se refiere a una obra de Mateo Alemán –contemporáneo de Cervantes y, como él, hombre curtido en desgracias y sinsabores– en la que el autor del *Guzmán de Alfarache* alude a un personaje que bien cerca está de parecerse a nuestro cardenal italiano. Recuerda el escritor sevillano cómo «En el tiempo en que asistí sirviendo al rey Felipe II, nuestro señor, que esté en gloria, en oficio de contador de rentas en su contaduría mayor de cuentas, entre otras muchas grandezas que ví en la corte fue, que habiendo allí llegado de parte de su Santidad Pío V cierto príncipe de la Iglesia para tratar negocios della, tanto gustó de algunos cortesanos de ingenio, que con curiosidad trató de granjear su amistad; y se hizo tan familiar, que no solo se honraba de tenerlos en su posada y llevarlos en su carroza cuando salía en público, mas convidándoles á comer les daba liberalmente su mesa, haciéndoles muchas particulares mercedes. Tenía de costumbre, luego como se alzaban los manteles, quedarse tratando varias cosas, curiosidades dignas de tan grande príncipe» (Aribau, 1850, t. III, pp. XXV-XXVI).

Los datos biográficos de Miguel resultan ciertamente confusos cuando se refieren a esta etapa de su vida. Sabemos que a finales de 1569 su padre pedía un certificado de limpieza de sangre que seguramente le exigía Acquaviva para acogerle entre los suyos, pues ya intuía su inminente designación al cardenalato. Pero cuesta trabajo imaginar cómo el padre de Miguel consiguió los certificados necesarios para su hijo tratándose de un individuo condenado por rebeldía y cómo los firmantes –Alonso de Getino, oficial de justicia, Pirro Bocchi y Francesco Musacchi, banqueros romanos– que daban fe de la limpieza de sangre no temieron convertirse en cómplices de un delito penado. ¿Tan chapucero era el funcionamiento de la ley entonces? Seguro que sí. ¿Tal vez el expediente de Miguel y su castigo pasaron al olvido una vez que el herido recobró la salud y el hecho constituyó uno de tantos lances de espada habituales en la Corte? ¿Fue el autor del *Quijote* el mismo Miguel de Cervantes al que se le atribuía dicho delito o se trata de un homónimo, como quieren algunos?

En definitiva, las gestiones de Rodrigo de Cervantes dieron sus frutos y el certificado de Miguel llegó a Roma pocos meses antes de que Giulio fuera nombrado cardenal en mayo de 1570. Al servicio de Acquaviva suponemos que nuestro autor conoció a personalidades relevantes de la vida romana,

disfrutó de la rica biblioteca que el cardenal tenía en su casa (Luttikhuizen, 2008), aprendió a leer a los clásicos italianos en su lengua... pero no parece que aquel ambiente palaciego le sedujera y colmara sus expectativas. El nuevo mecenas no satisfacía sus ansias vitales y tal vez por ello decidiera cambiar la pluma y el servicio cortesano por la espada y la aventura de la guerra. Cuatro años después, cuando Cervantes ya ha perdido su mano en Lepanto, está cansado de vagar de un lado para otro a la espera de un ascenso y no imagina su inminente cautiverio en Argel, el joven cardenal Acquaviva moría a la edad de veintiocho años. ¡Trágico destino para un efímero mecenas al que años después recordará de pasada en la dedicatoria de *La Galatea*!

3. ASCANIO COLONNA: EL JOVEN MECENAS ITALIANO DE LA GALATEA

De entre todas las amistades que el cardenal Acquaviva frecuentó durante su estancia en Roma, sobresale la figura de un aristócrata y segundón de apenas diez años perteneciente a una de las familias italianas más poderosas de la época: Ascanio Colonna. Este jovencísimo noble, sexto hijo de Marco Antonio Colonna y Felice Orsini, era miembro de una dinastía destinada a perpetuar la presencia de un purpurado en la curia romana, y por ello desde bien pequeño recibió una educación esmerada que perfeccionó durante su estancia en España como estudiante en las universidades de Alcalá y Salamanca. En la primera fue bachiller en 1577, doctorándose un año después y siendo famoso por favorecer a poetas como el olvidado Juan Bautista Vivar, Juan Rufo, Rey de Artieda o el mismo Gálvez de Montalvo que le serviría desde 1583 o 1584; en la segunda estudió Teología y pronunció en 1581 una *Oratio*.

Cuando Miguel le dedica *La Galatea* en 1585, Ascanio era abad de Santa Sofía y apenas contaba veintiséis años de edad. Por entonces vivía en la Corte española, de donde partiría meses después para encargarse de la educación de su sobrino Marcantonio. Éste, con apenas seis años, había pasado a gobernar el principado de Paliano tras la muerte de su padre y de su abuelo. Regresaría a Madrid un año más tarde, en una breve estancia en la que seguramente recabara el apoyo de Mateo Vázquez para su promoción al cardenalato, alcanzado en diciembre de 1586. En el Cartulario de la Universidad de Salamanca se conserva con fecha de 14 de noviembre de 1586 una carta del joven Colonna dirigida desde Madrid a su Claustro en la que se dice «hijo de tan honrada madre como es esa Universidad» (Beltrán de Heredia, 1976, t. IV, pp. 372-373) y se ofrece, antes de partir para Roma, para promover allí aquellos asuntos que interesan a la universidad castellana a través del racionero Maldonado Martín Cárdenas.

Fiel al monarca español, gozó en Roma de la consideración de gran mecenas, si bien tampoco parece que Miguel llegara a beneficiarse de su ascenso social. En 1592, su apoyo al futuro papa Clemente VIII, oponiéndose a los

intereses españoles que apostaban por el cardenal Sangeverina, le valieron la recriminación de Felipe II pero, al igual que su padre, su innata habilidad para concertar voluntades y ganar amigos hicieron que el monarca español le perdonara. Fue Virrey de Aragón entre los años 1602 y 1604, yendo a morir a su diócesis de Palestrina. Su cuerpo fue enterrado en la basílica romana de San Juan de Letrán, razón por la cual Cervantes se vería obligado a buscar un nuevo mecenas.

La elección de Ascanio Colonna sitúa inevitablemente a nuestro autor en el complicado entramado político y cultural de la España de Felipe II. J. Canavaggio se imagina a un Cervantes que, habiendo fracasado en sus solicitudes ante Vázquez y Eraso, decide retomar la senda de las musas de la poesía e instalarse en aquel Madrid de los ochenta que había cambiado sustancialmente tras doce años de agitada ausencia (Canavaggio, 1987: 89 y sigs.). Es comprensible que buscara la compañía de antiguos amigos, como López de Hoyo, su maestro en el Estudio de la Villa, si bien éste fallecería en el verano de 1583. Es plausible que sus inquietudes literarias le llevaran a frecuentar los cenáculos literarios en los que volvería a coincidir con compañeros de letras y de armas, como Pedro Laínez o López Maldonado, y es probable que entablara una fraternal amistad con otros escritores, como Gálvez de Montalvo, Francisco de Figueroa, Gracián Dantisco, Pedro de Padilla... a algunos de los cuales homenajearía componiendo sonetos encomiásticos a sus obras³.

Con casi treinta y ocho años, Cervantes se lanza al ruedo de las letras escogiendo con minuciosa intención el género y el mecenas que le abra las puertas del Parnaso y le permita dar a conocer su ingenio. *La Galatea* es una carta de presentación y, aunque él mismo reconoce su atrevimiento, espera de sus lectores el favor de seguir leyéndole en el futuro. Este primer fruto de su ingenio representa un modelo narrativo que conocía a través de la mirada de Sannazaro y en España venía precedido por el éxito alcanzado por *La Diana* de Montemayor y la continuación de Gil Polo. Al mismo tiempo, su amigo y valedor en los cenáculos literarios, Gálvez de Montalvo, acababa de publicar en 1582 otra muestra más del género bajo el título de *El pastor de Filida*.

De entre todos los modelos narrativos que la actualidad le ofrecía —desde los agonizantes libros caballerescos a las novedosas aventuras bizantinas o los amargos relatos de pícaros, entre otros—, Miguel se decantó por los libros de pastores convencido de que esta senda —sobre la que volverá una y otra vez a lo largo de su obra hasta alcanzar la parodia definitiva en los últimos compases de su segundo *Quijote* (Teijeiro Fuentes, 2011: 233-281)— era la que podía granjearle el aplauso del público y la posibilidad de componer «otras

3. Cervantes compondría un soneto y unas quintillas al *Cancionero* de López de Maldonado, un soneto a la *Austriada* de Rufo, unas redondillas y unas estancias al *Jardín espiritual* de Padilla, así como un soneto a sus *Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora* del mismo autor. Por su parte, Laínez murió cuando *La Galatea* estaba a punto de ver la luz; Cervantes siempre tuvo en mente la idea de publicar las obras de su amigo y con su memoria cierra el «Canto de Caliope» en recuerdo de los grandes poetas de su tiempo.

[“obras”]... para adelante de más gusto y de mayor artificio» (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 56-57). El mundo pastoril le permitía asegurarse el marchamo culto de la tradición clásica, pero también atraerse a un lector cada vez más aficionado a este tipo de novelas bajo las que se escondían personajes reales con disfraces de pastores. Cervantes lo sabe y en ello se escuda cuando advierte en el prólogo que «muchos de los disfraçados pastores della lo eran sólo en el ámbito» (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 57). Y aunque *La Galatea* ofrece destellos inequívocos de su posterior talento narrativo –desde el comienzo *in medias res* hasta la transgresión del idealismo bucólico pastoril–, el esquema de composición es semejante al de los modelos utilizados, incluido su «Canto de Calíope», expresión evidente de su afán por reivindicarse en el Parnaso y agradecer las lisonjas futuras.

Para A. Rey Hazas, *La Galatea* es una novela con dos historias que atienden a propósitos distintos y que acabarán confluyendo en una misma idea: estamos ante «la obra que mejor refleja el castellanismo del joven Cervantes, en coincidencia con los presupuestos castellanistas de Mateo Vázquez» (Rey Hazas, 2005: 27). La primera historia tiene un trasfondo personal que nos conduce indirectamente a Ascanio Colonna. Se trataría de ilustrar bajo el suceso amoroso de Galatea y Elicio los amores imposibles de su amigo Gálvez de Montalvo con doña Magdalena Girón, hija del conde de Ureña y hermana del futuro duque de Osuna, y la intervención real imponiendo un matrimonio forzado con el noble portugués don Jorge de Alencastro en Peñafiel en 1569. De este modo, los personajes cervantinos cobran vida propia y se identifican con la realidad. Si Miguel está detrás de Lauso, Gálvez de Elicio y Magdalena de Galatea, cabe la posibilidad de identificar con todas las reservas posibles en Tirsi a Figueroa, en Damón a Láinez, en Meliso a Diego Hurtado de Mendoza, en Erastro a don Antonio de Eraso, de la misma manera que tras Larsileo y Australiano se esconden las figuras de Mateo Vázquez y don Juan de Austria. Por razones obvias, «el rabadán mayor» no puede ser otro que Felipe II.

Es cierto que Gálvez de Montalvo había festejado la libertad de Miguel y su regreso a la patria con un exagerado soneto laudatorio que encabeza *La Galatea* y que culmina con el verso «Cobra España las perdidas musas» (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 62); también es verdad que ocupaba un lugar privilegiado en la vida de Cervantes y que era servidor de Ascanio Colonna en Alcalá desde 1584 y, por tanto, podía haber intercedido ante su señor para que amparase la obra de su amigo, pero a menos que la redacción primera de *La Galatea* haya que retrasarla en el tiempo más de lo que suponemos, revolver casi veinte años después una pasión olvidada y hacerlo solo unos años después de que el protagonista de la misma la hubiera novelado en clave pastoril en *El pastor de Filida*, resulta ciertamente reiterativo y escasamente original. En cuanto a la ayuda que Gálvez prestó a Cervantes ante Colonna, en realidad lo único seguro que sabemos sobre el patronazgo de *La Galatea* son los ciento veinte ducados con los que el librero alcalaíno Blas de Robles compró los derechos de impresión de su novela, una módica

cantidad que, como de todos es sabido, no sacó a nuestro escritor de sus apuros económicos⁴.

La segunda interpretación de la novela responde a una orientación ideológica que está ganando adeptos entre historiadores y críticos en las últimas décadas⁵. Esta línea de investigación explora los entresijos de la corte de Felipe II para analizar las luchas intestinas que enfrentan a bandos opuestos, y a veces irreconciliables, liderados por los personajes políticos más relevantes del momento. Este enfrentamiento responde al inevitable deseo de poder, pero también a una visión distinta de entender el papel de España en el mundo. Por extensión, la afinidad de un escritor a una u otra corriente ideológica, por convencimiento o por interés, la filiación a unos mecenas determinados, le sitúan en una órbita concreta y bajo la protección de un planeta más o menos poderoso en función de unas expectativas cortesanas que pasan por el favor del rey.

Desde esta perspectiva, A. Rey Hazas sugiere que Cervantes no solo crítica en *La Galatea* los fueros aragoneses, sino también las tensiones que su aplicación provocaron en Castilla (la historia que da comienzo al relato de Rosaura y Artandro), sino que además arremete contra la preeminencia que la nobleza portuguesa estaba alcanzando tras la anexión de Portugal a la corona española en 1580. La indignación con la que los pastores del Tajo reciben la noticia de que Galatea debe casarse con un rico portugués por la imposición del «rabadán mayor», esconde las reservas con las que la corte castellana, encabezada por Mateo Vázquez, recibía los privilegios concedidos a los nobles lusos a cambio del respaldo al monarca español.

Es verdad que Mateo Vázquez y sus colaboradores interpretaban aquella anexión como un excesivo e innecesario derroche económico en tiempos de crisis, pero no es menos cierto también que la anexión portuguesa había desviado la atención sobre otros asuntos políticos que para Cervantes tenían prioridad. Tengo la sensación de que a Miguel aquel nuevo éxito de la monarquía española le traía sin cuidado, incluso lo hubiera aplaudido en otras circunstancias, pero lo que en verdad le dolía a nuestro escritor es haberse pasado cinco años cautivo en Argel esperando a que Felipe II y sus ministros hubieran tenido el arrojo de haberse lanzado a la conquista de aquel territorio en el que se hacinaban, como mercancía de cambio, decenas de miles de cautivos provenientes de toda Europa. El hecho de que el monarca más poderoso del mundo hubiera ignorado aquella realidad –más

4. Quizás, como quiere J. Blasco («Dedicatorias que aparecen al frente de las obras cervantinas» conferencia leída en *El mecenazgo literario de la Casa Ducal de Béjar*, Béjar, julio, 2005), haya que profundizar sobre las relaciones que mantuvieron en su momento el grupo de escritores vinculados a la Universidad de Alcalá con la figura de Ascanio Colonna.

5. Léanse los excelentes trabajos escritos, dirigidos o coordinados por el profesor J. Martínez Millán, por citar tan solo un ejemplo, alguno de los cuales recogemos a lo largo de este estudio, para historia, o los de A. Rey Hazas, para literatura, sin olvidar otros, más modestos pero igualmente interesantes e interdisciplinarios: Torres Corominas (2008), Marín Cepeda (2007) o, más específicos, Díez (ed.) (2005).

amarga para Miguel cuando al regresar a casa se vio obligado a suplicar favores— y la hubiera antepuesto a un afán anexionista propiciado por la lealtad del duque de Alba y el desconcierto de los ejércitos populares portugueses, es una herida abierta que le empujaría al pozo de la decepción. Ésta alcanza su momento culminante en la composición del famoso soneto con estrambote al tûmulo levantado en Sevilla tras la muerte del monarca. Vuelve a tener razón A. Rey Hazas cuando afirma que a principios de la década de los noventa

Cervantes... estaba sufriendo, sin embargo, una transformación radical que le alejaba con nitidez del nacionalismo castellanista anterior y le conducía hacia los ámbitos del desengaño, el pesimismo y la ironía (Rey Hazas, 2005: 34).

Hasta su concepción del mecenazgo, entendido como fidelidad inquebrantable, cambió.

En definitiva, a mediados del año 1585 ve la luz en la imprenta alcaláina de Juan Gracián *La Galatea*, aprobada por su amigo Lucas Gracián Dantisco y con privilegio de su otro amigo y valedor Antonio de Eraso, muerto en las cortes aragonesas de Monzón poco tiempo después. Cervantes ha conseguido que su obra se imprima bajo el amparo y la protección de un importante mecenas. Recordemos que, cuando Cervantes regresa a España antes de ser hecho cautivo, las cartas de recomendación que le avalaban venían firmadas por don Juan de Austria y el duque de Sessa, pero infelizmente ambos habían muerto por entonces e ideológicamente habían estado más próximos a Antonio Pérez que a Mateo Vázquez, otra razón más para explicar la desconfianza del secretario real con respecto a nuestro autor.

En *La Galatea*, Cervantes busca su confirmación literaria y social. Para ello no duda en utilizar su dedicatoria como una excusa para rescatar a aquellos personajes que confirmen sus pretensiones. El primero de ellos es Ascanio Colonna que por entonces no era más que un joven culto e inquieto que, como nuestro autor, estaba empezando a dar los primeros pasos. Su mérito más destacado era el de haber sido elegido por el Papa para formar parte de un grupo de expertos que iba a encargarse de elaborar una *Historia Sacra* siguiendo los preceptos emanados del Concilio de Trento. El segundo es el cardenal Acquaviva. La alusión a éste contribuye al elogio de las virtudes del mecenas. El que fuera cardenal de Roma y descendiente de la noble familia de los Atri, ya le había puesto en antecedentes sobre el futuro esplendoroso que le esperaba al joven Ascanio:

Juntando a esto el efecto de reverencia que hazían en mi ánimo las cosas que, como en prophecía, oí muchas vezes decir de V. S. Illustrissima al cardenal de Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma, las quales, ahora no sólo las veo ampliadas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. Illustrissima... (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 56).

Pero, a su vez, la incorporación de la figura de Acquaviva le permite a Cervantes reconocerle como su patrono al tiempo que exagera sus méritos. Siguiendo la máxima apuntada por Tomás Rodaja en *El licenciado Vidriera*, que dice: «la honra del amo descubre la del criado. Según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado eres» (Cervantes, 1991, ed. Sevilla Arroyo y Rey Hazas, t. I, p. 122), Cervantes confirma la honradez a través de sus servicios. ¿Desconocía Cervantes que la alusión a los Acquaviva podía ser contraproducente por entonces o, por el contrario, lo hizo de manera consciente? No olvidemos que en 1581 había sido nombrado general de la orden de los jesuitas Claudio Acquaviva⁶, tío de Giulio, hijo menor de Giannantonio Donato Acquaviva e Isabel Spinelli. Claudio, amigo personal de Francisco de Borja, fue un administrador hábil y prudente, y se enfrentó con astucia en su defensa de la orden a la intromisión de Sixto V, el poder de Felipe II, el celo de Mateo Vázquez y la persecución de la Inquisición. De nuevo cabría preguntarse si la referencia a Acquaviva en la dedicatoria no contribuyó a aumentar la desafección del secretario Vázquez hacia nuestro escritor.

Por último, la dedicatoria de *La Galatea* parece aspirar a pretensiones mayores. Cervantes, al apostar por el mecenazgo de los Colonna, apunta en la dirección del insigne Marco Antonio Colonna, representante de aquella familia y al que nuestro escritor debió profesar una gran admiración, pues representa los ideales bélicos de un imperio que empezaba a declinar:

Y si por esto no lo mereciere, merézcalo, a lo menos, por aver seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas della, que fue el excelentísimo padre de V. S. Ilustrísima (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 57).

Cervantes identificaba a Marco Antonio como a uno de los héroes de aquella famosa jornada que será recordada por los siglos venideros, pues el general italiano estaba al mando de la Santa Liga y había contado para ello con las simpatías de otra gloria cervantina, don Juan de Austria (*Vid.* Braudel, 1980).

La figura de este Colonna ha sido excelentemente estudiada por M. Rivero Rodríguez (1999). De la lectura de su trabajo se desprende que Marco Antonio había sido un auténtico superviviente en el proceloso mar de las intrigas palaciegas y que su astucia y habilidad, unidas a su perspicacia para mudar de amistades en función de los cambios de poder, le permitieron sobrevivir a las conspiraciones cortesanas urdidas a sus espaldas.

Marco Antonio había nacido en Cività Lavinia en el año 1535 y era hijo de Ascanio Colonna y Juana de Aragón, cuyas desavenencias conyugales obligaron a intervenir a Ignacio de Loyola, representante de la orden jesuita a la

6. El jesuita Juan de Pineda le dedicó su *Comentario del XIII Libro de Job* y el también jesuita Juan Sebastián, destinado en el Perú, su tratado *Del bien, excelencia y obligaciones del estado clerical y sacerdotal*.

que los Colonna protegieron y favorecieron. Tal vez ello explique la alusión de Cervantes a los Acquaviva citada anteriormente. Todos sus esfuerzos fueron en vano, pues en 1553 Marco Antonio fue repudiado por su padre y aquél decide entonces arrebatarle por la fuerza todos sus territorios y encerrarle en el castillo de Castilnovo con la ayuda real y papal, contra la opinión del duque de Alba que había casado a un primo suyo con Vitoria Colonna. A partir de ese momento las relaciones entre Marco Antonio y los Alba fueron deteriorándose y explican la vinculación del primero al bando de los de Éboli, como también le ocurriera al duque de Sessa. Marco Antonio comenzó una meteórica carrera propiciada por su lealtad a Felipe II y su afición al Papa, pues si de un lado participaba en la lucha contra el turco en el Mediterráneo, por el otro pacificaba los estados pontificios con la fuerza de su ejército.

Pío V, con la ayuda del jesuita Francisco de Borja, amigo íntimo de Marco Antonio, se empeñó en una gran cruzada que aunara al Papa con los príncipes cristianos en su lucha contra los turcos. Los ebolistas participaban de esta idea, que, por el contrario, no entraba en los planes del cardenal Espinosa, más interesado por los asuntos domésticos y que había dejado la política exterior en manos del duque de Alba. La rebelión morisca de las Alpujarras y la amenaza turca en Europa y norte de África obligaron a Felipe II a aceptar esta nueva campaña. En junio de 1570, Marco Antonio fue nombrado almirante jefe de la flota pontificia con el apoyo del Papa, los ebolistas y los jesuitas, y sin el beneplácito del de Alba, obcecado en que dicho cargo lo desempeñara un militar español. De hecho el Duque, con la ayuda de un envidioso Juan Andrea Doria, que había casado a un hijo suyo con Zenobia Colonna y había sido testigo del ascenso de su lugarteniente en la cadena de mando, procuró desprestigiar el valor militar de Colonna negándole la ayuda que necesitaba en su lucha contra el turco.

El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la batalla de Lepanto que sirvió para coronar a la figura del Almirante. Éste desfiló triunfal a su regreso a Roma, siendo recibido por el Papa y por una multitud enfervorizada, con el consiguiente desagrado de los albistas que por entonces no solo habían recuperado el favor real, sino que habían colocado en los puestos más importantes de Italia a sus peones más astutos (Granvela, Zúñiga y Requesens). Por mucho que Colonna intentó convencer a Felipe II de la importancia de la Santa Liga, ésta concluyó en abril de 1573 sentenciada por el nuevo papa Gregorio XIII. Tras la desaparición de la Liga, Colonna supuso que el Rey le ofrecería un puesto importante; en diciembre de 1574 fue nombrado capitán general del Reino de Nápoles. Sin embargo, ávido de poder, buscó la amistad de los más próximos al monarca, aunque para ello tuviera que recabar la ayuda de Antonio Pérez o de Mateo Vázquez. Tanto pudieron su insistencia y habilidad que en 1577 es nombrado virrey de Sicilia.

En el verano de 1578, Colonna refuerza sus lazos con Antonio Pérez y rompe su alianza con Mateo Vázquez. Pronto lamentó su error, pues la caída en desgracia del primero le fue aislando cada vez más en su gobierno de Palermo, en donde los inquisidores enviados por Vázquez trataban de recortarle

su poder. Obligado a recomponer sus lazos con Mateo Vázquez y a ganarse su confianza, Marco Antonio comenzaba a ver claro que sus apoyos en la corte castellana se debilitaban y que los poderosos príncipes italianos, como Doria y Orsini, no le eran afectos. En el verano de 1584 viaja a la corte española para entrevistarse con Mateo Vázquez, quien pretendía favorecerle con un nuevo puesto alejado de Nápoles. El 1 de agosto muere misteriosamente en Medinaceli, tal vez envenenado por alguno de sus enemigos. Por entonces Cervantes ya contaba con la Aprobación y el Privilegio de *La Galatea*. Una vez más la fortuna le había dado la espalda a nuestro escritor y había cortado de cuajo las esperanzas de poderse abrir camino en el séquito de su mecenas.

La figura de Marco Antonio y su ambigua trayectoria política nos obliga a preguntarnos si Cervantes conocía los bandazos de su protector. Sin duda Colonna había conseguido enfrentarse a las adversidades haciendo gala de una gran habilidad política, ganándose apoyos y simpatías, pero granjeándose enemistades. Al acercarse al círculo de los Colonna y proponerlos como mecenas de su obra primeriza, qué pretendía Cervantes: ¿un gesto de aproximación a Mateo Vázquez, disparando por elevación a la cabeza visible del tronco de los Colonna inesperada y tristemente fallecido, o, por el contrario, hipótesis menos plausible, un acto de rebeldía hacia el secretario real que había rechazado todas sus pretensiones? Si es así, ¿no estaríamos asistiendo ya al comienzo del escepticismo cervantino del que hablaba A. Rey Hazas?

¿Qué pensaba Mateo Vázquez de Marco Antonio? Sin duda, el secretario real, hombre astuto que había llegado hasta allí merced a su esfuerzo personal y a la complicidad del cardenal Espinosa, veía en él un individuo del que desconfiar, pues en más de una ocasión le había dado la espalda; de otra parte, su necesidad por emparentarse con el árbol genealógico de los Colonna le obligaba a perdonarle algunos de sus desaires. En 1582, cuando Marco Antonio era virrey, le regaló a Vázquez un escritorio que éste rechazó por temor a que dudaran de su honestidad. Creo que este episodio resume bien a las claras la personalidad y los modos de actuar de ambos personajes.

4. MATEO VÁZQUEZ Y SU SUPUESTA AMISTAD CON CERVANTES

La relación entre Cervantes y Mateo Vázquez sigue resultando muy confusa. El secretario real había nacido en Córcega entre 1542 y 1544. Fue capturado junto a su madre por los piratas berberiscos. Tras su libertad, se estableció en Sevilla, donde Isabel de Luchiano entró al servicio del canónigo Vázquez de Aldrete, que se encargó de la educación del muchacho y le dio su apellido. Estudia Artes y Teología con los jesuitas sevillanos hacia 1556 y, poco después, sirve a don Juan de Ovando, provisor del arzobispo Fernando de Valdés. Le acompaña a Alcalá para inspeccionar la Universidad y da un salto muy importante en sus aspiraciones cortesanas al merecer el aprecio del cardenal

Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real. En 1568 es nombrado secretario del Consejo de Inquisición y, tras la muerte de su mentor Espinosa, secretario personal del Rey. Enfrentado a la facción papista representada por Antonio Pérez, mantuvo una lucha despiadada por el poder: si por una parte tenía que lidiar con la facción portuguesista encabezada por la hermana del Rey, la princesa Juana que tenía como secretario personal al noble portugués Cristóbal de Moura, por la otra se las veía y deseaba para mantener a raya a la facción ebolista de la seductora princesa de Éboli, viuda de Ruy Gómez de Silva, y estrechamente vinculada por cuestiones personales e intereses políticos a la facción papista de Antonio Pérez. Vázquez salió victorioso, pues en julio de 1579 son arrestados Antonio Pérez y la princesa de Éboli. Tras la muerte del duque de Sessa en diciembre de 1578 y el abandono de la Corte del marqués de los Vélez, Vázquez se convirtió en el privado del Rey y, durante años, en el hombre más influyente de la vida política española. Tras el descalabro de la Armada Invencible, su figura perdió influencia ante el monarca y en septiembre de 1588 enfermó gravemente. Fue el comienzo de su ocaso que le llevó a morir en Madrid un 5 de mayo de 1591.

Quienes le han querido ver compartiendo estudios con Miguel en el colegio sevillano de los jesuitas –el primero era unos años más joven que el segundo– y, tiempo después, coincidiendo en el entorno cortesano del cardenal Espinosa, se muestran sorprendidos por la indiferencia con la que el secretario real trató al autor del *Quijote*. Para unos (Alvar Ezquerro 2004: 85), la razón de ese desencuentro atañe a motivaciones políticas. Parece evidente que los cinco años de cautiverio han descolocado a Cervantes –hombre más de afectos y lealtades que de cínicas obligaciones–, poco atento a los nuevos vientos que soplaban en la corte de Felipe II tras la batalla de Lepanto. Para otros, el recelo de Vázquez se explica por motivos personales. Como sostiene J. L. Gonzalo Sánchez-Molero (2005: 815): «El secretario desconfiaba de aquel poeta y veterano de Lepanto. Quizás conocía los orígenes judaicos de su familia, pero de lo que no cabe duda es de que estaba al tanto de la vida disipada de sus hermanas en la corte. Para Vázquez, Cervantes siempre estuvo en la “casa del pozo”, donde caían los pretendientes de mercedes sin suerte».

No obstante, Miguel sabía del meteórico ascenso de Vázquez y por ello intentó acercarse a él en varias ocasiones sin conseguir su propósito, persiguiéndole incluso hasta Lisboa. La primera aproximación en verso lleva como título «Epístola a Mateo Vázquez. De Miguel de Cervante [sic], cautivo, a M. Vázquez, en 1577 tras su rescate de Argel» (Cervantes, 2003)⁷. El asunto central de la misma es la alabanza a Mateo Vázquez, pero también reproduce una obsesión muy cervantina: la necesidad de revisar la política internacional española y dar prioridad a la conquista de Argel, «adonde mueren veinte mil cristianos» (Gonzalo Sánchez-Molero, 2010: 218). Cervantes se imaginaba prostrado ante Felipe II al que entregaría este memorial fruto de la experiencia

7. Sin duda es fundamental la lectura del exhaustivo trabajo de Gonzalo Sánchez-Molero (2010).

de un esforzado soldado que ha sufrido en sus carnes la violencia del cautiverio y, por tanto, sabe de lo que está hablando.

De la misma manera que resulta difícilmente creíble que la redacción del *Quijote* tuviera su asiento en la cárcel sevillana, tampoco sería descabido del todo que esta composición la escribiera Miguel a su regreso del cautiverio, lo que explicaría las evidentes semejanzas que mantiene con un pasaje de *La Galatea* en el que Damón recuerda una canción que su amigo Lauso dirigió a Lariseo/Larsileo. Cervantes sabía que la opinión de Mateo Vázquez sobre este asunto era muy semejante a la suya. ¿Tal vez la intrigante embajada que lleva a Cervantes hasta la Goleta tenga algo que ver con este asunto? Seguro.

La segunda aproximación a Mateo Vázquez hay que relacionarla con la publicación de *La Galatea*, pues situaba a Cervantes en la órbita de los Colonna, parientes lejanos con los que Vázquez pretendía emparentarse. Si, como parece plausible, algunos pasajes de *La Galatea* son, como vimos, una excusa para novelar sucesos reales bajo el pellico pastoril, parece muy convincente la identificación de algunos pastores con individuos de carne y hueso. De entre los muchos momentos que no se resisten a esta tentación, hay uno que parece resumir el estado de la cuestión. Me refiero a aquel en el que Damón, íntimo amigo de Lauso, es convencido por el resto de los pastores para que recite una canción que le escuchó a su amigo. Lauso es presentado como un pastor que «después de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido a la pobreza de nuestra rústica vida; y, antes que a ella viniese, mostró desearlo mucho. Como parece por una canción que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia» (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce: 287).

Damón/Laínez, amigo íntimo de Cervantes, se está refiriendo a él como a un soldado que ha decidido acogerse al universo poético de las musas pastoriles –como el resto del grupo de poetas formado por Figueroa, Gálvez de Montalvo, Maldonado...–, donde tiempo atrás había compuesto una canción –tal vez la famosa epístola– a Larsileo/Mateo Vázquez, ejercitado y experimentado en los asuntos de la Corte. La canción de Lauso, que Damón recita de memoria, fue «celebrada» por Larsileo y se trata de una tirada de versos en los que Cervantes introduce el tópico del menosprecio de la corte y la alabanza de la aldea: mejor parece el disfrute de la libertad individual que el sometimiento a los dictados de la falsa adulación. Asimismo, Cervantes aprovecha la ocasión para reivindicarse ante el secretario real destacando sus méritos en la guerra:

no como el ambicioso entremetido,
que con seso perdido
anda tras el favor, tras la privanza,
sin nunca haber teñido
en turca o en mora sangre espada o lanza (Cervantes, 1987, ed. Avalle-Arce:
291-292).

y ofreciéndole su firme fidelidad sin mudar «opinión, señor, bando y partido» (Cervantes, 1987, ed. Avalor-Arce: 291). De este modo, sin renunciar a su orgullosa independencia del poder, Cervantes admite la necesidad de vincularse a quien pueda proporcionarle algún beneficio.

El tercer intento tiene lugar un año después, en 1587, lo que indica el interés que por entonces tenía nuestro autor para aprovechar la influencia política de Mateo Vázquez. Ese año aparece publicado en Madrid el volumen de Alfonso de Barros titulado *Philosophía cortesana moralizada*. Se trata de un entretenimiento cortesano en forma de juego dirigido al secretario real por uno de sus partidarios más fervorosos. En el prólogo al libro, su autor no duda en emparentar a Vázquez con la ilustre familia de los Leca y los Colonna («la antigua grandeza de la casa de Leca y Colona, de donde descende, la defenderá...» Barros, 1588, 9v). Cervantes participa de tal alabanza e incluye en los preliminares un soneto en elogio al autor y su obra («El que navega por golfo insano/del mar de pretensiones verá al punto/del cortesano laberinto el hilo» Barros, 1588, 6r), si bien su participación no debiera pasarle desapercibida al destinatario del volumen, que se había convertido en el personaje más influyente de la Corte y que pretendía dar lustre a un pasado algo oscuro recurriendo a los aduladores y comentaristas. Del tronco y ramas de los Colonna había surgido inesperadamente un brote que respondía al nombre de Mateo Vázquez, quien, como sello de distinción nobiliaria, se había hecho labrar las columnas de la familia italiana en su heráldica personal, proponiéndose descender de aquel árbol genealógico tan ilustre. Cervantes estaba allí para, con su firma, comprometer su ingenio al servicio de Vázquez, tanto más cuanto que en la dedicatoria de *La Galatea* había concluido señalando:

... la clara y generosa estirpe do descende, la qual en la antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza romana, y en las virtudes y heroicas obras con la misma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los más famosos hechos del tronco y ramos de la casa Colona, debaxo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hazer escudo a los murmuradores que ninguna cosa perdonan (Cervantes, 1987, ed. Avalor-Arce: 57).

Colonna y Vázquez juntos en el halago cervantino al tronco insigne de tan gran familia, sirviéndole, incluso, como protección contra los murmuradores. ¡El mundo al revés!

5. CERVANTES Y EL DUQUE DE BÉJAR: UN INTENTO FALLIDO

Han transcurrido dos décadas en la vida de Cervantes desde la publicación de *La Galatea*, tiempo de sufrimientos y penalidades. Veinte años vagando de un lado para otro, arriesgando el crédito y el honor, enfrentado a regidores, campesinos y eclesiásticos, hasta tocar fondo con otro injusto encarcelamien-

to. Y, cual ave fénix, resucita de sus propias cenizas, más seguro, maduro y soberbio que antes, como si los padecimientos le hubieran curtido.

Tras abandonar Sevilla, Miguel ha decidido instalarse en Valladolid siguiendo a la Corte; en el verano de 1604 ha vendido el manuscrito de su nueva obra al librero Francisco de Robles, el hijo del editor de *La Galatea*, a quien en 1607 debía 450 reales sin que sepamos los motivos. Su estancia en Valladolid está rodeada de confusión y polémica. Ha alquilado a un tal Juan de las Navas unos apartamentos en el barrio donde está el matadero, en el mismo edificio en el que vivirán Luisa Montoya, viuda del cronista Garibay, y Juana Gaitán, viuda de Pedro Laínez, entre otros. Está a punto de ver la luz la novela que le va a catapultar a la cima del Parnaso y quizás todavía no tiene muy claro quién va a ser el protector que la ampare. Vázquez ha muerto hace años y Colonna hijo está a punto, si no lo ha hecho ya, de dejar el virreinato de Aragón para regresar a Italia.

Es entonces cuando aparece la figura de Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor, VII duque de Béjar que, como Ascanio, es un joven de apenas veintiséis años cuando Cervantes le dedica su obra y al que la muerte de su padre ha convertido en cabeza del ducado. Alonso Diego, cuyo árbol genealógico se remonta a la casa real de Navarra, era marqués de Gibraleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillo, pero no pintaba nada en la corte aunque en 1610 fuera investido Caballero de la Orden del Toisón de Oro. Sus aparentes dificultades económicas le recluyen en sus territorios, donde se dedica al placer de la caza y a otras actividades más mundanas y conformes a un individuo de su edad.

La mayoría de los biógrafos y comentaristas cervantinos coinciden en el escaso interés que despertó en el Duque la obra de Cervantes y, al contrario, la poca estimación que le mereció al autor del *Quijote* la figura de tan insigne aristócrata. Sin embargo, los argumentos que se esgrimen para explicar la ausencia de complicidad resultan poco convincentes por el momento. Para justificar el desdén del Duque se arguye su amistad con Lope de Vega, su escasa consideración de la figura de Miguel, su carácter poco generoso y la posible incomodidad que despertó en él la lectura de la primera dedicatoria de Cervantes; para interpretar la reacción de Miguel se argumenta el descuido en la redacción de la dedicatoria definitiva (Díez Fernández, 2005) –casi un plagio de la que veinte años antes compusiera Herrera para el marqués de Ayamonte en las *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* (1580)–, los supuestos versos irónicos de la sabia Urganda y el hecho de que Cervantes no volviera a mencionarle más en sus obras. Cualquiera de los argumentos expuestos puede ser rebatido con facilidad. El Duque, a pesar de su retiro en Béjar y de su exilio de la corte, mantenía aún una buena posición económica, razón por la cual el citado Lope de Vega, Cristóbal de Mesa, Rioja o el mismo Góngora en sus *Soledades*, le eligieron como mecenas de sus obras. Asimismo, hay documentos en los que se destaca su generosidad, como la protección económica que ofreció a Felipe Godínez. De otra parte, el que

Cervantes recurriera a Herrera para la dedicatoria de su obra, sin ser una práctica habitual, tampoco era tan extraña. Ya otros habían recorrido el mismo camino y puede que Cervantes lo hiciera obligado por la premura de tiempo, incluso puede ser que no fuera ni siquiera él, sino el editor, quien se encargara de componerla. En cuanto a los versos de cabo roto de la sabia Urganda en los que se refiere al duque de Béjar, difícilmente podremos confirmar la intención de Cervantes, de manera que pueden ser entendidos como un elogio evidente de la misma manera que podrían resultar una guasa intencionada. Por último, el hecho de que Cervantes no acuda más al mecenazgo del de Béjar tal vez pueda explicarse por su decisión de buscar un personaje más influyente o por cuestiones más personales. Don Quijote muestra su escepticismo al referirse al interés de ciertos grandes señores por las letras cuando señala con cierto desdén:

—No muchos [“señores grandes hay en España a quienes dirigir las obras”]
—respondió don Quijote—; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores (Cervantes, 1998, II, XXIV, p. 830).

Entonces, ¿por qué le dedica Cervantes su *Quijote* al duque de Béjar? ¿Qué esperaba de él en el futuro o cómo le había favorecido en el pasado para decantarse por él? Son cuestiones de difícil solución. Quizás una explicación razonada y razonable al asunto nos la ha dejado en los últimos años A. Rojo Vega. En su opinión, el arrendamiento de los apartamentos que Cervantes y compañía disfrutaron durante su estancia en Valladolid fue costado por el duque de Béjar, pues pertenecían a su mayordomo Juan de las Navas, hijo de Juan de las Navas el mayor, que era «el alcalde de las casas principales del duque de Béjar en Valladolid, viviendo en ellas al menos desde 1583, ejerciendo los oficios de mayordomo, aposentador, administrador y solicitador de los duques ante la Real Chancillería» (Rojo Vega, 2008: 28). A. Rojo Vega va más allá en sus suposiciones cuando concluye su exposición suponiendo que «quizás Cervantes dedicó el *Quijote* a Alonso Diego, duque de Béjar, para mostrarle su agradecimiento por haberle dado cobijo y quizás trabajo como “hombre de negocios”, por medio de su mayordomo Juan de las Navas, cuando estaba pasando un mal momento» (Rojo Vega, 2008: 37-38).

Quedarían, entonces, por esclarecer las razones que expliquen el posterior distanciamiento entre el escritor y el noble. ¿Acaso Cervantes no se sintió lo suficientemente recompensado con las dádivas de su mecenas y no le creyó digno merecedor de su genio literario teniendo en cuenta el éxito inmediato de su *Quijote*, o tal vez encontrara en la protección del conde de Lemos, su siguiente patrón, un puerto más fiable? ¿Acaso el duque de Béjar, a través de Navas, estaba informado de las entradas y salidas de caballeros del domicilio de Cervantes, Ezpeleta incluido, y del escándalo que la muerte de éste provocó obligando al juez Villarreal a tomar declaración y encarcelar al escritor y a sus familiares, y prefirió no seguir respaldándole?

Todo parece, pues, tan confuso que resulta muy difícil por el momento ofrecer una explicación definitiva al desapego existente entre Cervantes y el Duque. Como quiere J. Canavaggio, «A decir verdad, Cervantes se sentía lo bastante seguro de sí mismo para mantener a distancia a patronos y protectores: es lo que se deduce de su prólogo, obra maestra de malicia y humor» (Canavaggio, 1987: 176) en la que se burla de los preliminares que acompañan las obras de los escritores de su tiempo, saturados de composiciones laudatorias y sentencias cultas. No estoy tan seguro de esto. Cervantes quería volver al ruedo de las letras con una gran obra y bajo el amparo de un mecenas importante. Y aunque su dedicatoria pueda carecer de originalidad y resulte lacónica y poco afectuosa, no ha dudado en mantener todos los tópicos elogiosos que la ocasión requiere: «príncipe tan inclinado a favorecer a las letras», «nobleza», «clarísimo nombre», «suplico...protección», «la prudencia de Vuestra Excelencia», «tan humilde servicio».

En el «Prólogo al lector» es donde Cervantes da rienda suelta a toda su ironía, pero no va dirigida al mecenas, sino a aquellos escritores con los que mantiene ciertos desencuentros –con Lope de Vega a la cabeza– que se irán convirtiendo en auténticos quebraderos de cabeza. De ahí que si en la dedicatoria busca el amparo ante el «vulgo» y los «juicios de algunos», en el prólogo se descubre provocador defendiendo la libertad del lector a la crítica; y si en la dedicatoria habla de «la cortedad de tan humilde servicio», en el prólogo se sabe consciente de haber escrito «el más famoso, el más gallardo y más discreto [“libro”] que pueda imaginarse». Cervantes se está reivindicando como escritor en el convencimiento de que su novela no pasará a la historia por los preliminares o la enojosa y pedante erudición, sino por su ingeniosa historia. Y no olvidemos, en el colmo del sarcasmo, que esta reivindicación es el fruto del encuentro inesperado con un amigo, «gracioso y bien entendido», que es quien se encarga de sacarle de su ridículo ensimismamiento («el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla» (Cervantes, 1998: 10-11)) y ofrecerle la solución a sus problemas.

6. EL CONDE DE LEMOS: ¿SU VERDADERO PROTECTOR?

Entre julio de 1612 y abril de 1616 el proceso de composición de Cervantes resulta frenético. La Aprobación de las *Novelas ejemplares* está fechada el 9 de julio de 1612, el Privilegio del *Viaje del Parnaso* el 16 de septiembre de 1614, el Privilegio de las *Comedias* el 25 de julio de 1615, el Privilegio del segundo *Quijote* el 30 de marzo de 1615 y la Aprobación del *Persiles* el 9 de septiembre de 1616, y aun así anuncia *Las semanas del jardín*, el *Famoso Bernardo* y la segunda *Galatea*. Cómo organizar y fechar el proceso de escritura de este material literario es una tarea ímproba.

Este periodo de tiempo está marcado además por una circunstancia que convendría estudiar con mayor detenimiento y que, aunque nos aleje momen-

táneamente del tema del mecenazgo, explica también algunos aspectos de éste a través de la obra cervantina. Me refiero a los enconados enfrentamientos que Cervantes va a mantener con otros autores coetáneos y las consecuencias que se derivan de estas controversias. A medida que la figura de Cervantes engrandece el panorama de las letras, se recrudece la oposición y se hace más patente la falta de sintonía con aquellos escritores que también aspiraban a coronar el Parnaso. De este modo, por razones diversas, en estos últimos años de su vida polemizará con Lope de Vega y su círculo de seguidores, con Góngora y sus amigos, con los Argensola y su corte de paniaguados, con Mateo Alemán y su primacía narrativa, con Avellaneda, Pasamonte o quien quiera que fuese el autor del *Quijote* apócrifo... A veces estas disputas traspasan el terreno de lo literario y desembocan en un ataque personal hiriente y furibundo, impropio de la supuesta catadura moral de los contendientes.

Es probable que de esta porfía surgiera no solo la obsesión cervantina por reivindicarse como el «primero», sino también la obligación de encontrar un mecenas que amparara y valorara su obra y ante el que no precisara del halago innecesario, sino de la sincera complicidad. Este mecenas fue don Pedro Fernández de Castro⁸, VII conde de Lemos tras la muerte de su padre don Fernando en 1601, a quien Cervantes dirigió toda su obra última, exceptuando el *Viaje del Parnaso*.

El conde de Lemos había nacido en Monforte de Lemos en el año 1576 y su carrera política está vinculada al valido de Felipe III, el duque de Lerma (Feros, 2002), de quien era sobrino y yerno tras su matrimonio en 1598 con doña Catalina de Sandoval. Con tan solo veintisiete años fue nombrado presidente del Consejo de Indias y en 1609 virrey de Nápoles, en ambos casos con la intención de fiscalizar las cuentas y sanear los ingresos de la corona. A su regreso de Italia en 1616 pasó a presidir el Consejo Supremo de Italia, cuando ya comenzaban a soplar vientos más peligrosos en la Corte merced a las intrigas de su cuñado, el duque de Uceda, y su amigo el conde-duque de Olivares. Cansado, se retiró a sus propiedades gallegas y allí perdió el favor real al mismo tiempo que caía en desgracia la figura de su protector y pariente. Murió en octubre de 1622 en Madrid, adonde había ido para acompañar a su madre en su enfermedad. Algunos creen que fue envenenado (*vid.* Asensio, 1880 y Hermida Balado, 1948).

La muerte de Felipe II y la llegada al trono de su hijo Felipe III supuso un cambio radical en la manera de gobernar (*vid.* Sieber, 1998). Burócratas y letrados pasaron a ocupar puestos de menor trascendencia política y el encumbramiento del conde de Lerma permitió la recuperación de las más rancia nobleza castellana, mucho mejor si estaba vinculada a la familia del valido, que no dudó en emplear a los suyos en aquellos oficios palaciegos más próximos al Rey. De entre ellos seguramente el más culto, honesto y preparado de todos era el conde de Lemos.

8. Si queda lejana ya en el tiempo la obra de A. Pardo Manuel de Villena (1912), el lector puede consultar el trabajo más reciente y documentado de E. Pardo de Guevara (1997).

Con la elección y protección del Conde, Cervantes acertó en la diana. Su amparo venía a tapar muchas bocas, aunque las relaciones entre ambos seguramente tendrían sus altibajos, debido a la lejanía física que los separaba desde que el noble gallego viajara a Italia como virrey de Nápoles. El Conde era considerado mecenas de escritores: Lope de Vega había sido su secretario, los Argensola le bailaban el agua, Góngora le dedicó encendidos elogios, Quevedo se trasladó hasta el reino napolitano huyendo de las intrigas palaciegas y ¡hasta Villamediana! sentía por él un gran aprecio. Por lo demás, la lista de segundones que buscaban su abrigo sería interminable.

Hay una coincidencia general a la hora de establecer el inicio de la relación entre Cervantes y el Conde. Buena parte de la crítica coincide en sostener que nuestro autor conoció a su mecenas en Valladolid, donde la Corte se había instalado a principios del siglo XVII y a donde Cervantes llegaría en busca de nuevas oportunidades. Tal vez fuera necesaria la colaboración del conde de Saldaña, cuñado de don Pedro, que presidía una academia literaria a la que nuestro autor solía acudir, y del señor de Higuera, un tal don Fernando de Toledo que ejercía como gentilhombre de cámara de Felipe III y que, al parecer, galanteaba a través de la ventana a una señora que vivía en la casa de Cervantes (¿su sobrina?, ¿su hija?, ¿una vecina?). J. Canavaggio (1987: 205-206), sin embargo, retrasa el encuentro entre Cervantes y Lemos a Madrid y lo relaciona con el ingreso de Miguel en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento que se fundó bajo el amparo del cardenal Sandoval y el duque de Lerma. Esta congregación, a la que pertenecían muchos otros escritores, actuaba también como academia literaria.

El éxito inmediato del *Quijote*, sus numerosas ediciones y traducciones a lenguas extranjeras, y el regreso de la Corte a Madrid, le permitieron a Cervantes disfrutar del reconocimiento que tanto ansiaba y de un protagonismo y notoriedad públicos, en la Academia Selvaje celebrada en el palacio de don Francisco de Silva y Mendoza o en la del conde de Saldaña, al que elogia en los versos de su *Viaje del Parnaso*. En estos círculos literarios se movían por entonces los poetas, porque «la España de Felipe III está chiflada por la poesía» (Canavaggio, 1987: 207).

Cervantes había encontrado finalmente el camino adecuado; su merecido éxito literario —y la trascendencia de la obra que estaba escribiendo a salto de mata— va acompañado de un prestigio social que no le impide renunciar a sus principios. Su vinculación al bando del poderoso duque de Lerma parece evidente a través de su segundo hijo, el conde de Saldaña, de su tío, el arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, a quien Cervantes celebra en los prólogos al segundo *Quijote* y al *Persiles*, y de su yerno, el influyente conde de Lemos. Tampoco debemos pasar por alto el hecho, anotado por A. Rodríguez G. de Ceballos (1988: 613-634), de que el cardenal Rodrigo de Castro, tío del conde de Lemos y gran mecenas de artistas, fue el encargado de absolver a Cervantes de la pena de excomunión cuando era comisario del Rey por tierras andaluzas.

Aun así, una vez más la mudable fortuna va a cruzarse en su camino y en esta ocasión el resultado va a ser más doloroso si cabe. El mecenas se marcha

de la Corte camino de Nápoles, donde ha sido nombrado Virrey. Será en la primavera de 1610 y él, que estaba ultimando sus *Novelas ejemplares* con el seguro propósito de ponerlas bajo su amparo, comienza a sentir el vértigo de la ausencia. Cabe una posibilidad, acompañarle como miembro de su corte literaria y recuperar la juventud perdida en la Italia siempre añorada. Tiene sesenta y tres años y la vida le depara una segunda oportunidad. Lo que sigue lo han repetido casi todos sus biógrafos. Cervantes parece ser que viaja a Barcelona (Riquer, 2005) en el verano de 1610 para ofrecerse al Conde en su viaje a Nápoles, si bien las noticias que nos ofrece en su obra de Barcelona son tan vagas e inconcretas que no parecen responder a un entusiasta descubrimiento de la ciudad⁹. Desde el 21 de agosto de 1608 se sabía que el aristócrata gallego había sido nombrado para el cargo, pero su viaje se retrasó casi dos años en los que Miguel procuraría ganarse su confianza. Sin embargo, aquel había encomendado a su secretario, el también escritor Lupercio Leonardo de Argensola, la tarea de seleccionar al grupo que compondría su séquito. El aragonés –a quien Cervantes había alabado en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* y como dramaturgo en las páginas de su primer *Quijote*– prometió contar con él más adelante, pero mientras tanto prefirió la compañía de sus familiares –su hermano Bartolomé Leonardo y su hijo Gabriel Leonardo de Albión– y de sus allegados –Gaspar de Barrionuevo, Antonio de Laredo, Mira de Amescua o Francisco de Ortigosa–. Descartados también quedaron Góngora, Mesa o Suárez de Figueroa, que reaccionaron entre la indignación más rabiosa y el desdén más fingido.

El hecho de que Cervantes le dedicara en julio de 1613 sus *Novelas ejemplares* probaría, según unos, la fidelidad del escritor al mecenas, disculpándole de la injusta decisión tomada por su secretario; el hecho de que la dedicatoria de este volumen vaya pospuesta al prólogo, y que en ella Cervantes pase por alto la grandeza de la casa de Lemos y renuncie al amparo y la protección de su obra –las dos claves fundamentales sobre las que se habían sustentado sus anteriores dedicatorias y tópico irrenunciable del género– revelaría, según otros, la decepción que sintió nuestro autor y de la que, de manera indirecta, creo también hacía responsable al Conde por no haber tomado las medidas oportunas. Aun así, Cervantes deja la puerta abierta y concluye su dedicatoria considerándose «criado de vuestra Excelencia» y anticipando ya sus deseos de ofrecerle otras obras suyas.

7. EL INTERVALO DE LOS TAPIA: EL VIAJE DEL PARNASO

En ese mismo prólogo Miguel se confiesa autor de *La Galatea*, el *Quijote*, el *Viaje del Parnaso* y «otras obras que andan por ahí descarriadas, y,

9. A pesar de los esfuerzos de M. de Riquer (2005), no me parece tan evidente la presencia de Cervantes en la Ciudad Condal si tenemos en cuenta la ambigüedad de sus descripciones, que contrastan con las más evidentes de Madrid, Sevilla o Toledo, por ejemplo. *Vid.* Teijeiro Fuentes (en prensa).

quizás, sin el nombre de su dueño» (Cervantes, 1991, ed. Sevilla Arroyo y Rey Hazas), seguramente en clara alusión a sus comedias pensadas para la representación. Sorprende la referencia al *Viaje del Parnaso*, puesto que esta obra no se publicó hasta un año después y, por tanto, era desconocida por sus lectores. Asimismo, resulta extraño que Cervantes, que tan orgulloso estaba de la originalidad de su obra y que se había proclamado «el primero que ha novelado en lengua castellana» (Cervantes, 1991, ed. Sevilla Arroyo y Rey Hazas), se presente ahora como un simple imitador del *Viaggio di Parnaso* (1582), obra del italiano Cesare Caporali di Perusa, que fuera también servidor de la familia Acquaviva y fallecido en el año 1601.

El *Viaje del Parnaso* supone un paréntesis en la producción de Cervantes pues, si de una parte, es la única de sus obras finales, y seguramente la peor estudiada, que no va dirigida al conde de Lemos, de otra es su única producción poética en el sentido más amplio de la palabra, pues se escribe en verso y se habla de poesía —exceptuando las composiciones poéticas incluidas en sus piezas narrativas, las composiciones asiladas y los versos de su teatro—.

En efecto, el *Viaje del Parnaso* va dirigida a don Rodrigo de Tapia —hijo del licenciado Pedro de Tapia, miembro del Consejo Real, consultor del Santo Oficio, fiscal general del Reino y señor de Villanueva de Tapia— y de Clara del Rosal y de Alarcón. Adepto al partido de Lerma, la influencia política y social de este personaje fue muy destacada, de modo que «estaba tan bien integrado en el círculo cortesano dominante, que su casa fue famosa, como recordaba Quevedo en su *Anales de quince días*, por tratarse, junto con la del mismísimo duque de Lerma, de las dos únicas excepciones de aposento que dio Felipe III, ya que se trataba de una mansión que estaba junto a Palacio y era muy ostentosa» (Feros, 2002: 127).

Su hijo, don Rodrigo, fue caballero del Hábito de Santiago, alcaide y regidor perpetuo de Loja, señor de las villas de Tapia y Alarcón, menino de la reina doña Margarita y, por aquel entonces, un joven de apenas quince años. Don Rodrigo contrajo matrimonio con doña María Puente Hurtado de Mendoza, matrimonio que Lope inmortalizó dedicándole a él la comedia *El ingrato arrepentido* y a ella la *Historia de Tobías*, impresas ambas en el año 1621.

Todo indica frialdad e indolencia en la breve dedicatoria cervantina, expresión innegable de la falta de afecto, seguramente propiciada por el desconocimiento personal. Al igual que el Prólogo al lector, el laconismo de ésta parece sugerir también la precipitación con que la obra sale a la luz. ¿Por qué entonces dirige Cervantes esta obra a un mecenas casi desconocido, un adolescente del que no volverá a acordarse nunca más? A estas alturas, esta pregunta resulta recurrente.

M. Herrero García (1983) ha buceado en las malas relaciones existentes entre Cervantes y el conde de Villamediana para encontrar las razones por las que la familia Tapia aceptara gustosa el ofrecimiento de Cervantes. El insigne crítico ha identificado al Conde con el Pierres Papin, jugador y homosexual, que aparece satirizado en el primer *Quijote*. De todos es sabido que Villamediana utilizó su pluma como instrumento venenoso con el que arremetió a

diestro y siniestro contra los validos corruptos y sus prevaricadores secuaces en la corte de Felipe III, hasta el punto de ser considerado en la actualidad como el creador de la «sátira política»; es innegable también que una de sus obsesiones –además de los Lerma, Calderón, Uceda u Osuna– eran los Tapia, a quienes no solo acusa de ladrones codiciosos y amorales, sino también de cornudos, vividores y hasta de sucios¹⁰. Finalmente, parece evidente que este comportamiento no era del agrado de Cervantes, quien proclama en su *Viaje del Parnaso* que «Nunca voló la pluma humilde mía/por la región satírica, bajeza/que a infames premios y desgracias guía» (Cervantes, 1981, ed. Gaos, I, IV: 103, vv. 34-36). ¿Serían estos motivos suficientes para establecer una relación entre Cervantes y Tapia que explicara el mecenazgo de la obra?

En el *Viaje del Parnaso*, Villamediana aparece citado en dos ocasiones. La primera no ofrece ninguna duda: don Juan es alabado, junto al conde de Salinas, el conde de Saldaña y el marqués de Alcañices, como insigne representante de la nobleza culta (Cervantes, 1981, ed. Gaos, II: 75-77, vv. 238-282); la segunda alusión, quizás más ambigua, presenta a Villamediana en un torneo cortesano que se celebró en Nápoles con motivo de las futuras bodas entre Ana de Austria y Luis XIII. El Conde participó como primer mantenedor de las justas, junto al conde de Lemos, el duque de Nocera, don Antonio de Mendoza y Troyano Caracciolo. Las repetidas alusiones a la liberalidad y prodigalidad de Tassis y la elección del verbo «repartir» para referirse a un personaje que tenía fama de jugador, «ya sepa adónde, ya no sepa adónde» (Cervantes, 1981, ed. Gaos, VIII: 172, v.318), dejan el texto abierto a posibles interpretaciones, si bien es cierto que, en principio, ninguna de ellas tan exagerada que supusiera una venganza para los Tapia.

Entonces, ¿por qué Cervantes no dedicó el *Viaje del Parnaso* al conde de Lemos? O tal vez cabría preguntarse, ¿por qué el conde de Lemos no amparó esta obra de Cervantes? El *Viaje del Parnaso* es un pieza de madurez que está en consonancia con las *Novelas ejemplares*, el *Quijote* y el *Persiles*, es decir, es una nueva reivindicación literaria de Cervantes, una manifestación más de su orgullosa personalidad, la de un hombre incapaz de arredrarse ante las dificultades y la de un escritor dispuesto a demostrar su fortaleza ante los ataques de sus enemigos. El *Viaje del Parnaso* es un eslabón que nos conduce al *Quijote* de Avellaneda y, por tanto, una fuente imprescindible para descubrir

10. Un repaso a la edición de *Obras* (Villamediana, ed. J. M. Rozas, 1987, Madrid, Castalia) nos recuerda la presencia de los Tapia en el soneto titulado «A vanas esperanzas de la Corte» y las décimas tituladas «Cuando Felipe III desterró al Duque de Lerma» y «Procesión (A Felipe IV, recién heredado)». Añadimos el soneto «A Pedro de Tapia», incorporado en la edición de *Poesía impresa incompleta* (Villamediana, ed. J. Fº. Ruiz Casanova, Madrid, Cátedra, 1990) y las décimas «Poco enseñado a perder», «Aconsejando a la Majestad de Felipe 3º contra los privados y ministros», «A don Rodrigo de Tapia», «Otras décimas a los privados», «Sátira del Conde de Villamediana», las quintillas «Otro [diálogo] entre Gil y Pelayo, pastores», y los romances «Romance sayagués, hablando con la Majestad de Felipe IV en el principio de su gobierno» y «Al Rey Filipo 4º», incorporadas a *Poesía inédita completa* (Villamediana, ed. J. Fº. Ruiz Casanova, Madrid, Cátedra, 1994), que darían lugar por sí solas a otro trabajo.

la identidad del autor apócrifo, pues en ella el lector podrá encontrar más de una docena de candidatos.

Si en el «Canto de Calíope» de *La Galatea*, Cervantes mostraba la propensión al halago, pues necesitaba de respaldo a su obra, en el *Viaje del Parnaso* ya no hay vuelta atrás. Cervantes está indignado con aquellos que solo respiran a través de la envidia (a la que se refiere una y otra vez en su extenso poema), poetas hueros dispuestos al halago fácil, algunos geniales, pero tan arrogantes y soberbios que son incapaces de reconocer los méritos de los otros, poetas mendicantes y plagiarios, poetas que han llevado a la Poesía al lugar en el que se encuentra, salvando honrosas excepciones, que también las hay y por las que Cervantes muestra su sincera admiración.

Por ello, nuestro autor no duda en descargar toda su ira en esta obra, unas veces con fina ironía, otras con indudable desdén, a veces con desoladora decepción, otras con rabia contenida. Las flechas apuntaban en la dirección de Lope/Febo y sus satélites, contra los que mantiene desde hace años una lucha sin cuartel que A. Rey Hazas (2005: 61-83). ha explicado con gran lucidez y profusión de datos. Pero el *Viaje del Parnaso* es, también, una respuesta contundente y sangrante al desplante sufrido por Cervantes ante los Argensola.

Conmueve comprobar a través de la lectura del poema la enorme decepción que provocó en Miguel las falsas promesas de un amigo. Ha pasado más de dos años esperando una llamada que nunca llegó. Cuando salió a la luz en 1612 la *Relación de las justas...* que don Juan de Oquina, tesorero del conde de Lemos, había escrito sobre los fastos que tuvieron lugar en Nápoles con motivo del anuncio de las bodas reales entre Ana y Luis el 13 de mayo de ese año, Cervantes se consumía imaginándose en aquella corte como cronista de las hazañas de su señor (sobre ello ha apuntado Rey Hazas, 2008). Y seguramente sospechó que su vida, ya próxima la muerte, habría merecido de una segunda oportunidad que la fortuna, o los Argensola, le negaron, y no pudiendo cumplir sus deseos en la realidad, lo hizo en sueños, el del *Viaje del Parnaso*, aunque al despertar lamentara su soledad: «Por esto me congojo y me lastimo/ de verme solo en pie, sin que se aplique/árbol que me conceda algún arrimo» (Cervantes, 1981, ed. Gaos, IV: 103-104, vv. 43-45). No voy a detenerme más en los Argensola y Cervantes. Es un tema convenientemente estudiado.

En otras ocasiones, las noticias que le llegaban a Cervantes de la corte de su señor no eran tan festivas, sino, por el contrario, ofensivas. Así, en la Academia de los Ociosos, inaugurada un 3 de mayo de 1611 en Nápoles, en la que los poetas italianos y españoles compartían versos bajo la atenta presencia del Conde, que asistía cuando sus obligaciones se lo permitían, un ingenio toledano, íntimo amigo de Lope de Vega desde bien joven y también de los Argensola, leía un entremés titulado *Triunfo de los coches*, en el que se burlaba de un personaje llamado Cervantes al que se le tachaba de cornudo y homosexual. Era éste el contador Gaspar de Barrionuevo (Madroñal, 1993), a quien Lupercio Leonardo había incluido en el séquito del conde de Lemos.

Cervantes no llegó a leer impresa esta obra, pues apareció publicada en la *Octava parte de las comedias de Lope de Vega* (Barcelona, 1617) un año

después de su muerte. Pero en su *Viaje del Parnaso* también tuvo un hueco para referirse a este poeta de pacotilla que había sido llovido de una nube:

Al segundo llovido el uticense
 Catón no le igualó, ni tiene Febo
 Quien tanto por él mire y en él piense.
 Del contador Gaspar de Barrionuevo
 mal podrá el corto flaco ingenio mío
 loar el suyo así como yo debo
 (Cervantes, 1981, ed. Gaos, III: 88, vv. 118-123).

No creo que estos versos sean afectuosos, como quieren algunos anotadores. Barrionuevo «es llovido» ridículamente de una nube y convertido con fina ironía en alcahuete de «Febo», su íntimo Lope, del que parece no desprenderse ni en pensamientos, por lo cual Cervantes confiesa que su ingenio flaco (¿cuándo fue flaco el ingenio desatado de Cervantes?) carece de palabras para alabar los versos del chismoso contador.

¡Que Argensola se hubiera llevado a Nápoles a este ínfimo poeta y le hubiera reído las ocurrencias es comprensible, pues no le hacía sombra. Hasta ahí llegaba la envidia y, quizás también, su sentimiento de inferioridad o su temor a quedar en un segundo plano ante el patrono! ¡Pero que el conde de Lemos, en quien Cervantes había depositado sus esperanzas y a cuyo amparo no renunciará, permitiera estas injusticias sin actuar, era algo que seguramente le molestará! Es verdad que el de Lemos encargó a su secretario la elección de su séquito, pero no es menos cierto que si él hubiera querido, Cervantes le habría acompañado a Nápoles. Y aunque Miguel procure personificar su desencanto en Argensola, la actuación de don Pedro seguramente tampoco le agradó.

De ahí que si la envidia es uno de los vicios peor considerados en el *Viaje del Parnaso*, tampoco falten las continuas alusiones a la defensa de la integridad personal y a la libertad individual, así como la crítica a la sumisión y la mentira:

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
 merced al cielo que a tal bien me inclina,
 de toda adulación libres y exentos.
 Nunca pongo los pies por do camina
 la mentira, la fraude y el engaño,
 de la santa virtud total ruina
 (Cervantes, 1981, ed. Gaos, IV: 105, vv. 58-63).

Cervantes, a lo que creo, también está dolido con el conde de Lemos y se queja una y otra vez de su desdicha, que él entiende como fruto de una injusticia. Cuando el poeta llega al Parnaso y se queja ante Apolo de no encontrar un lugar disponible para sentarse, convencido de que sus méritos literarios superan a los de otros muchos que sí están acomodados, el dios le reconoce su virtud libre de envidia, y Miguel, entonces, agradecido, sentencia:

Incliné al gran consejo la cabeza;
 quedéme en pie, que no hay asiento bueno
 si el favor no le labra o la riqueza
 (Cervantes, 1981, ed. Gaos, IV: 106, vv. 94-96).

dos cosas de las que él no dispuso casi nunca a lo largo de su existencia.

Toda su vida se había resistido al medro que proporcionaba el halago fácil. ¡Qué abismo separa la complacencia servil de Lope de Vega dirigiéndose al duque de Sessa en términos tan empalagosos: «Cuando veo un Príncipe que trata de honrar las letras, le hago un altar en el alma y le adoro por cosa celestial y divina» (Lope de Vega, 1989, t.I), y el orgullo con el que Cervantes defiende su libertad una y otra vez en la *Adjunta al Parnaso*:

Item, se advierte que ningún poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intención y advertida voluntad que la lisonja ni la adulación no atraviesen los umbrales de mi casa
 (Cervantes, *Adjunta al Parnaso*, en Cervantes, 1981, ed. Gaos, 189).

¡Qué distancia inseparable entre la bajeza de Argensola, movido por la envidia o el rencor, y la dignidad con que Cervantes reacciona!

Item se da aviso que si algún poeta fuere favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar a un poeta, por sabandija que sea
 (Cervantes, *Adjunta al Parnaso*, en Cervantes, 1981, ed. Gaos, 190).

Nadie discute que Cervantes, como la mayoría de los artistas de su época, necesitara la ayuda de un mecenas en un tiempo en el que la nobleza comenzaba a comprometerse con las letras y las artes a cambio de su resonancia pública; parece evidente que Miguel buscara ese amparo a través de la intercesión de amigos y conocidos; como es obvio sabía que cuanto más poderoso fuera el mecenas elegido, mayor sería también su promoción personal y la repercusión de su obra. Aun así nuestro autor procuró que ese ansiado mecenazgo no le impidiera sentirse libre. El mismo Apolo se encara con él y le recrimina su pasado:

Tú mismo te has forjado tu ventura
 y yo te he visto alguna vez con ella,
 pero en el imprudente poco dura
 (Cervantes, *Adjunta al Parnaso*, en Cervantes, 1981, ed. Gaos, IV: 105, vv. 79-81).

¿A qué imprudencias se refiere Apolo? ¿Tal vez al hecho de que sus ansias de ascenso social comprometieran sus anhelos de libertad? ¿Interpretó el conde de Lemos el «viaje» cervantino como un ataque directo a su secretario Argensola y a su antiguo secretario Lope de Vega? ¿Le desagradaron sus comentarios

o encontró poco comedido el tono con el que se dirigía a él? ¿Prefirió no amparar aquellos versos que también le afectaban de pasada? ¿Llegó a leerlos?

Don Pedro, que no pudo recibirle en Barcelona antes de partir para Nápoles, seguramente entendió a través de los versos del *Viaje del Parnaso* la amargura que Cervantes sintió al verse apartado de aquella empresa y, de ser inteligente, también hubiera llegado a entender la crítica a Argensola, quien había muerto unos meses antes de publicarse la obra, y la desconfianza de Miguel hacia su persona. Cuando Cervantes se disculpa ante Mercurio negándose a persuadir a los Lupercio de la batalla que se avecina, aquél reacciona indignado:

–Ninguno, dijo, me hable de ese modo,
que si me desembarco y los embisto,
voto a Dios que me traiga al conde y todo.
Con estos dos famosos me enemisto,
que, habiendo levantado a la Poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,
quieren con perezosa tiranía
alzarse, como dices, a su mano
con la ciencia que a ser divinos guía.
¡Por el solio de Apolo soberano
juro! ... y no digo más; y, ardiendo en ira,
se echó a las barbas una y otra mano
(Cervantes, *Adjunta al Parnaso*, en Cervantes, 1981, ed. Gaos, III: 91,
vv. 193-204).

Es Cervantes en su estado natural, el Cervantes escéptico y crítico, que arremete contra el Conde a quien Mercurio amenaza con embestir sin miramiento metiéndole en el mismo saco que a los Argensola y embarcándole en su navío por amparar la tiranía de su secretario. Estos versos recuerdan aquellos otros que escribiera años atrás para exteriorizar también la decepción que le causó otro personaje público, el rey Felipe II. Como el soldado del soneto «Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla», Mercurio en su juramento vacío de contenido («¡voto a Dios!») expresa su indignación; como el valentón, Mercurio concluye su amenaza con la displicencia burlona del que no sabe qué decir («y no digo más») y con el gesto intrascendente de tocarse las barbas con las manos. Hay en ambas composiciones una exagerada afectación que conduce a la nada risible, de manera que lo hiperbólico se convierte en insignificante y produce un efecto cómico que rebaja a sus personajes a la calidad de figuras entremesiles.

8. REGRESO AL SENO DEL CONDE DE LEMOS

En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, julio de 1613, Cervantes anunciaba la pronta publicación de su segundo *Quijote*, el *Persiles* y las *Semanas del jardín*, por este orden. Nada dice, por tanto, de sus *Comedias*, aprobadas en julio de

1615, cuatro meses antes de la aparición del *Quijote*. En las dedicatorias de ambas obras encontramos rasgos comunes, como el hecho de que Cervantes prescindiera de los halagos al mecenas y los tópicos innecesarios, de hecho en sus *Comedias* el prólogo se antepone a la dedicatoria y ésta concluye con un «etc.», referido al ilustre linaje del mecenas, que resulta tan incierto como innecesario. Asimismo, las dedicatorias cervantinas de estas últimas obras repiten los deseos de su autor de continuar bajo la protección del conde de Lemos y son el escaparate a través del cual Cervantes dará a conocer las novedades futuras que irán apareciendo de manera continuada hasta su muerte.

También ofrecen algunas diferencias. La dedicatoria del *Quijote* va fechada, mientras que la de las *Comedias* no; la dedicatoria de ésta última es concisa y grave —en realidad el realce de los preliminares lo encontramos en el Prólogo al lector, una auténtica lección de historia del teatro de incalculable utilidad para entender al Cervantes dramaturgo—, casi lacónica, mientras que la primera es igualmente breve, pero recuerda el énfasis irónico y redundante en el valor literario.

Llegamos así al momento culminante de las relaciones entre escritor y mecenas: la dedicatoria al *Persiles* firmada el 19 de abril de 1616, tras recibir la extremaunción, y que recupera ya el protagonismo anteponiéndose al prólogo. Cervantes no parece estar ya para juegos. Sus deseos no cumplidos —el Conde no llegará a Madrid hasta agosto de ese año y por tanto no podrá despedirse de él— y sus vanas esperanzas de seguir escribiendo son la expresión agradecida de un servidor fiel y correspondido («sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle» (Cervantes, 1997, ed. Romero Muñoz: 108), le dice a manera de despedida). Por fin podía morir tranquilo, aunque su espíritu, siempre tan indomable, todavía prometía nuevas obras cuyo proceso de composición desconocemos.

El Conde, más que pretender el reconocimiento público de su persona, ganado a pulso por linaje, formación y acción política, se confirma al final de los días de Cervantes como el protector apasionado de las letras, capaz de comprender y valorar a un espíritu libre como Cervantes, de cuya obra está al tanto. Así, en la dedicatoria al *Persiles*, Cervantes confirma que don Pedro «se está aficiona[n]do» a la lectura de *La Galatea* (¿cuál de ellas, la primera o la segunda?) y en los *Discursos contra el Panegírico del Marques de Cusano* se advierte: «dite che contra Lemos mai venero querelle alla Corte, et credo, che in quel tempo fu[s]e [...] involto nella lettura di Cervantes» (Enciso Alonso-Muñumer, 2008: 59).

No sabemos hasta dónde llegó la protección y amparo del conde de Lemos, ni tampoco al final de sus días la del cardenal Bernardo de Sandoval, tío de Lerma, pero las palabras de Cervantes parecen admitir cierto compromiso personal cuando señala que Lemos «me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear» (Cervantes, 1997, ed. Romero Muñoz: 108). El caso es que Cervantes moriría con la misma dignidad y humildad con las que siempre vivió y, seguramente, estas dos circunstancias, que le abocaron a escribir, son claves para entender su producción literaria.

9. CERVANTES: GENIO Y FIGURA

En mi libro *Mecenazgo y literatura en la Extremadura del Siglo de Oro* (Teijeiro Fuentes, 2009) reflexionaba sobre la contribución de la nobleza asentada en esta región desde finales de la edad Media al mundo de la cultura áurea a través del mecenazgo. Los Zúñiga de Plasencia, los Feria de Zafra, los Alba de Abadía, los Vera de Mérida y los Rocha de Badajoz, eran un buen ejemplo de la variedad social y la influencia política que todos ellos ejercieron en esta región, así como en el panorama peninsular. Escritores como Silvestre, Naharro, Sánchez de Badajoz, Tanco Díaz de Fregenal, Mesa o Lope de Vega; humanistas como Nebrija, Arias Montano, Pedro de Valencia, Vives; médicos y astrólogos como Toro o Zacut; religiosos como Hernando de Talavera, Juan de Ávila, Osuna; cronistas como Cock o García de Silva... son algunos de los personajes que estudiaba en mi trabajo por su vinculación a las casas nobiliarias anteriormente citadas. La existencia de una aristocracia culta, de una nobleza aglutinadora capaz de ejercer un decisivo mecenazgo en aquellos escritores necesitados de la ayuda económica de un poderoso protector, fue, si bien escasa en su número, decisiva en su importancia, y tenía mucho que ver con la propia evolución de la sociedad.

Por un lado, durante mucho tiempo, el origen militar de la nobleza española, su falta de sedentarismo debido a sus obligaciones diplomáticas y bélicas, su aún escasa formación cultural, su conciencia de casta no necesitada de prestigio exterior, su reclusión en castillos erigidos en centro de poder e intrigas políticas... explican su escasa inclinación al mecenazgo. Por otro lado, la necesidad de ocio y entretenimiento que convierten sus fortalezas en lujosas mansiones transformadas en paraísos de caza, pesca y entretenimiento, el contacto con la Europa más culta que les obligaba a disponer de una cierta formación cultural, la defensa de unos valores cortesianos en los que el noble no solo representa la fuerza y el valor de su linaje, sino también el refinamiento y las formas cortesianas, incluido el acceso a la universidad, el interminable séquito de caballeros segundones de incierto futuro, artistas y músicos, astrónomos y médicos, funcionarios de todo tipo, desde secretarios hasta religiosos, y toda una caterva de criados y servidores, en fin, bajo cuya librea portaban orgullosos las pertenencia a una ilustre familia, el convencimiento de que su reconocimiento social también pasaba por el impulso de las letras y las artes... animan al nacimiento y desarrollo de un mecenazgo basado en un clientelismo social y político y una dependencia económica¹¹.

Fue J. Simón Díaz (1983a, 1983b: 7-32 y 2000) quien de manera reiterada llamó la atención sobre la falsa creencia de que buena parte de los escritores del Siglo de Oro pudieron llevar una vida decente en la corte de los grandes

11. *Vid.* sobre el tema las diferentes concepciones de mecenazgo expresadas, por ejemplo, por Burke (1993: 91) o Yarza Luaces (1992).

señores y vieron publicada su obra merced al mecenazgo de una nobleza que costeara su impresión. De las veinticinco mil biografías revisadas, apenas unos dos mil sirvieron en calidad de criados y de ellos tan solo un 1,6% lo hizo en las casas nobiliarias, pues el resto sirvió a la familia real. Todo parece indicar, pues, que primero los monarcas y después las más altas jerarquías de la Iglesia conforman los estamentos que más contribuyeron a la promoción de las letras y las artes.

Cervantes es un ejemplo de ello, aunque podría valer para la mayoría de los escritores. Zarandeado por la fortuna, su vida está marcada por una serie de acontecimientos que le obligan a dejar la escritura para embarcarse en otras tareas completamente distintas. Cuando su musa pretende sacar a la luz las muestras de su ingenio, se afana en la labor de dedicar su libro a un protector, aunque no disponemos de ninguna prueba que confirme que éste se encargara de costearle sus gastos o ampararle en sus necesidades. De ahí que quizás convenga revisar el tema del mecenazgo y profundizar en el entramado personal, social o político que lo sostiene.

Si el mecenas ampara, ayuda y protege, cabría preguntarse quién fue más mecenas de Cervantes: ¿López de Hoyo, su maestro y amigo, que le anima a la poesía, o Ascanio Colonna a quien apenas conoció; Alonso Getino, Pirro Bocchi y Francesco Musacchi, que se jugaron su reputación confirmando su limpieza de sangre, o el cardenal Espinosa con el que coincidió unos meses en la Corte; la familia Robles y Rodrigo de Osorio, que depositan su confianza en él comprándole sus obras, o Mateo Vázquez que se niega a abrirle las puertas de la burocracia cortesana; Tomás Gutiérrez, que le presenta a Diego de Valdivia, quien a su vez le ofrece un puesto de trabajo para poder vivir, o el duque de Béjar que se desentiende de él?

No parece que la fortuna le sonriera tampoco a Cervantes en este sentido, si bien es verdad que tampoco su orgullosa condición y su personal sentido de la libertad le ayudaran mucho. Solamente le cabe la dicha de haber encontrado al final de sus días –cuando su emergente figura de escritor buscaba el reconocimiento público en medio de sangrantes enfrentamientos personales con otros escritores– el apoyo del conde de Lemos, a quien dedicará lo mejor de su producción como a príncipe inteligente, liberal y magnánimo. Qué ayuda recibió de él resulta, sin embargo, todavía un enigma. Como señala I. Enciso Alonso-Muñumer, «No deja de resultar paradójico que aquel que menos ensalzó el linaje de los Castro y Andrade haya sido el que mayor fama haya dado al VII conde de Lemos» (Enciso Alonso-Muñumer, 2008: 60). Así era Cervantes: genio y figura.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alvar Ezquerro, A. (2004). *Cervantes. Genio y libertad*. Madrid: Temas de Hoy.
 Aribau, B. C. (1850). *Discurso Preliminar a Novelistas anteriores a Cervantes*. Madrid: Atlas, BAE.

- Asensio, J. M. (1880). *El Conde de Lemos, protector de Cervantes. Estudio histórico*. Madrid: Imprenta Hispano-Filipina.
- Barros, A. (1588). *Philosophia cortesana moralizada*. Nápoles: Iosep Cacchÿ.
- Beltrán de Heredia, V. (ed.) (1976). *Cartulario de la Universidad de Salamanca (1218-1600)*. Salamanca: Ediciones Universidad.
- Braudel, F. (1980). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: FCE, 2 vols.
- Burke, P. (1993). *El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Canavaggio, J. (1987). *Cervantes*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Cervantes, M. de (1981). *Poesías completas*, V. Gaos (ed.). Madrid: Castalia, , t. II, p. 335, vv. 196-199.
- Cervantes, M. de (1987). *La Galatea*, J. B. Avallé-Arce (ed.), Madrid: Clásicos Castellanos.
- Cervantes, M. de (1991). *El licenciado Vidriera*, en F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas (eds.), *Novelas ejemplares*. Madrid: Austral.
- Cervantes, M. de (1997). *Persiles*. C. Romero Muñoz (ed.). Madrid: Cátedra.
- Cervantes, M. de (1998). *Quijote*, Fº. Rico (ed.). Barcelona: Crítica.
- Cervantes, M. de (2003). «Epístola a Mateo Vázquez», *Bulletin of the Cervantes Society of America*. 23, 1, pp. 215-222.
- Diez, J. I. (ed.) (2005). *El mecenazgo literario de la casa ducal de Béjar en tiempos de Cervantes*. Segovia: Fundación Instituto Castellano Leonés de la Lengua.
- Diez Fernández, J. (2005). «Naturalmente soy poltrón y perezoso: la dedicatoria del *Quijote* “Al Duque de Béjar”», en J. Diez Fernández (ed.), *El mecenazgo en la casa ducal de Béjar durante la época de Cervantes*. s.l.: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua y Junta de Castilla y León, pp. 263-283.
- Enciso Alonso-Muñumer, I. (2007). *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III: Nápoles y el Conde de Lemos*. Madrid: Actas.
- Enciso Alonso-Muñumer, I. (2008). «Nobleza y mecenazgo en la época de Cervantes», *Anales cervantinos*. 40, pp. 47-61.
- Feros, A. (2002). *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons.
- Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2005). «Mateo Vázquez de Leca, un secretario entre libros. I. El escritorio», *Hispania*. 65, 3, 221, pp. 813-846.
- Gonzalo Sánchez-Molero, J. L. (2010). *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Hermida Balado, M. (1948). *Vida del VII Conde de Lemos: (Interpretación de un mecenazgo)*. Madrid: NOS.
- Herrero García, M. (1983). *Notas a Viaje del Parnaso*. Madrid: CSIC.
- Lope de Vega, Félix (1989). *Epistolario de Lope de Vega*, A. G. de Amezúa (ed.). Madrid: RAE.
- Luttikhuisen, F. (2008). «Apuntes sobre la elección del siríaco como lengua original del padrón del encantador Malambrino (DQ II, 39)», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Madrid: Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, pp. 459-469.
- Madroñal, Abraham (1993). «El contador Gaspar de Barrionuevo (1562-c.1624?), poeta y dramaturgo toledano amigo de Lope de Vega», *Voz y Letra. Revista de Literatura*. 4/2, pp. 105-128.
- Marín Cepeda, P. (2007). «Acerca del contexto histórico de Miguel de Cervantes», *Revista de Estudios Cervantinos*. 1, pp. 1-19.
- Martínez Millán, J. (1999). «En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa», en J. Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 189-229.

- Pardo de Guevara, E. (1997). *Don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos (1576-1622). Estudio histórico y documental*. Galicia: Junta, 2 vols.
- Pardo Manuel de Villena, A. (1912). *Un mecenas español del siglo XVII. El conde de Lemos*. Madrid: Imprenta de Jaime Ratés.
- Rey Hazas, A. (2005). *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*. Madrid: Eneida.
- Rey Hazas, A. (2008). «La palabra “católico”: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Navarra: Asociación de Cervantistas y Centro de Estudios Cervantinos, pp. 87-136.
- Riquer, M. de (2005). *Cervantes en Barcelona*. Barcelona: El Acanalado.
- Rivero Rodríguez, M. (1999). «El servicio a dos cortes: Marco Antonio Colonna, almirante pontificio y vasallo de la Monarquía», en J. Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 305-379.
- Rodríguez G. de Ceballos, A. (1988). «El cardenal Rodrigo de Castro, humanista y mecenas de las Artes», en A. Eiras Roel (ed.), *El reino de Galicia en la Monarquía de Felipe II*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 613-634.
- Rojo Vega, A. (2008). *Documentos sobre los seis primeros duques de Béjar*. Valladolid: Universidad.
- Sieber, H. (1998). «Clientelismo y mecenazgo: hacia una historia cultural literaria de la Corte de Felipe II», en *Actas del IV Congreso de AISO*. Madrid: Universidad de Alcalá, t. I, pp. 95-112.
- Simón Díaz, J. (1983a). «Los escritores-criados en la época de los Austrias», *Revista de la Universidad Complutense*. 2, pp. 169-178.
- Simón Díaz, J. (1983b). «Censo de escritores al servicio de los Austrias». Madrid: CSIC.
- Simón Díaz, J. (2000). *El libro español antiguo. Análisis de su estructura*. Madrid: Olle-ro&Ramos.
- Teijeiro Fuentes, M. Á. (2009). *Mecenazgo y literatura en la Extremadura del Siglo de Oro*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- Teijeiro Fuentes, M. Á. (2011). «Cervantes novelista: de la descomposición del mito pastoril a la formulación de la novela moderna», en F. Sevilla Arroyo (ed.), *ReTrato de Miguel de Cervantes Saavedra*. Guanajuato: Museo Iconográfico del Quijote.
- Teijeiro Fuentes, M. Á. (en prensa). *Cervantes: camina e inventa. Un recorrido por la España literaria del Siglo de Oro*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la UEx y Renacimiento.
- Torres Corominas, E. (2008). *Literatura y facciones cortesanas en la España del siglo XVI. Estudio y edición del Inventario de Antonio de Villegas*. Madrid: Polifemo.
- Yarza Luaces, J. (1992). «Clientes, promotores y mecenas en el arte medieval hispano», en *Patronos, Promotores, Mecenas y Clientes. Actas del VII Congreso Español de Historia del Arte*. Murcia: Universidad, pp. 15-50.

Recibido: 18 de octubre de 2012

Aceptado: 03 de octubre de 2013

Resumen

En este trabajo se destacan los diferentes mecenas a quienes Cervantes dirigió su obra en busca de amparo económico y protección intelectual (el cardenal Espinosa, el cardenal Acquaviva, Ascanio Colonna, el duque de Béjar o don Rodrigo de Osorio). Asimismo, se repasan las dificultades que encontró Cervantes a la hora de publicar sus obras y el escaso entusiasmo que en él despertaba la protección de un mecenas, ya por su orgullosa

condición, ya por su hondo sentido de la libertad, ya por su desengaño ante el poder. Ni siquiera el conde de Lemos le concedió el premio de un merecido descanso en su reino de Nápoles, a pesar de haberle dedicado su producción más famosa y de haberle hecho pasar a la posteridad.

Palabras clave: Siglo de Oro; mecenazgo; Cervantes; obra literaria; estructura social.

Title: Cervantes and his Patrons: With a Second Chance he Would Write *El Quijote*.

Abstract

This paper deals, on the one hand, with Cervantes's various patrons who provided him with economic and intellectual support (cardinal Espinosa, cardinal Acquaviva, Ascanio Coloma, the duke of Bejar, Sir Rodrigo de Tapia). On the other, with the difficulties he met with to publish his works and the slight enthusiasm he felt for the protection of a patron, due to Cervantes's proudness, or to his deep sense of liberty, or even to his personal vision of the rich and powerful. The Count of Lemos, immortalized by Cervantes by dedicating to him his most famous works, proved being mean enough when he forgot and abandoned the riter instead of having invited him to his kingdom of Naples.

Key words: Golden Age; Patronage; Cervantes; Literary Works; Social Structure.